LOS HOMBRES de la historia



la Historia Universal a través de sus protagonistas

Lincoln

Centro Editor de América Latina

Mario Calamandrei



LOS HOMBRES *de la historia*

8

El único santo laico de los norteamericanos es Abraham Lincoln, el hombre que en su vida no quiso ser otra cosa que un político.

Liberador de esclavos, maestro y mártir, redentor y santo, reunió en sí los temas cristianos de la expiación y de la salvación con los del hombre emprendedor, todos propios de la ética nacional de sus conciudadanos; es fácil ver en esta imagen cómo la historia y la leyenda se confunden a propósito de Lincoln.

Pero más allá de las alabanzas sin medida y una vez despojada su biografía de las fantasías añadidas por las generaciones que lo sucedieron, su figura presenta todavía suficientes elementos como para justificar su fama y su grandeza.

En efecto, bastaría sólo su actuación durante los años trágicos en que el Sur se separa de los estados norteños, para hacerlo acreedor al calificativo de "padre de la Patria". En la emergencia, Lincoln comprendió que la Secesión era la mayor crisis de la breve historia de su país y actuó de acuerdo con esta convicción; porque la guerra civil no fue únicamente un terrible baño de sangre sino que dejó en el pueblo norteamericano - y de manera indeleble - la convicción de constituir un todo unido e indivisible.

Y Lincoln "fue el demiurgo de esta metamorfosis", ya que no se limitó a salvar la unidad nacional sino que logró además, en esta lucha por la supervivencia, dar una nueva cohesión y vitalidad a la nación. Contribuye a engrandecer la figura de Lincoln - fuera de su coraje, de su humildad y de su espíritu de sacrificio -, su habilidad para dar un significado ético al esfuerzo por salvar la integridad territorial de la república y por hacer de los ideales de la Declaración de la Independencia, la base de nuevos objetivos y la razón central del conflicto. Fue el gran hombre de estado, agudamente consciente de su propio papel, un pionero por nacimiento que conservó siempre su carácter de hombre común con ideas muy claras sobre los fines que perseguía y una insólita habilidad para expresarse en un lenguaje que podía ser captado por el pueblo y ha perdurado en él.

Personaje popular y a la vez un solitario, llevó a término la consolidación de una de las mayores potencias modernas a la que dejó, por añadidura, una gran herencia moral.

Nacido en Kentucky (EE.UU.) el 12 de febrero de 1809 en un hogar humildísimo, era Presidente de su país cuando fue asesinado el 15 de abril de 1865 en la ciudad de Washington.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali Spa - Roma Milán

Director Responsable: Pasquale Buccomino

Director Editorial: Giorgio Savorelli

Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi.

8. LINCOLN - El siglo XIX: Las revoluciones nacionales.

Este es el primer fascículo del tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales.

La lámina de la tapa pertenece a la sección El siglo XIX: Las revoluciones nacionales, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 8:

F. Arborio Mella: p. 2 (1); p. 7 (5); p. 17 (2); p. 27 (1); tapa.

La Divisione Stampa e Pubblicazioni dell'United States Information Service ha prestado su colaboración.

Tapa: Retrato de Lincoln, tomado de una pintura de G. H. Storey (N. York, The Bettmann Archive).

Traducción de Reyna Pastor de Togneri.

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en julio de 1968.

Se utilizó papel Celcote Ilustración de Celulosa Argentina S. A.

Lincoln

Mario Calamandrei

1809
Abraham nace el 12 de febrero en una cabaña de troncos, de una sola habitación, sin piso en Hodgeville no lejos de Elisabethtown, en Kentucky. Hijo de Thomas Lincoln y de Nancy Hanks. En los años sucesivos la familia cambió de residencia varias veces, pero toda la infancia de Lincoln transcurrió en el ambiente primitivo de la "frontera".

1818
En el verano, en Indiana sud-occidental, estalla una epidemia llamada "el mal de la leche", y el 5 de octubre muere la madre de Lincoln, Nancy.

1819
El 2 de diciembre Thomas Lincoln contrae nuevas nupcias con Sarah Bush Jhonston, una joven viuda, a quien Lincoln llamará más tarde "mi angélica madre".

1828
Realiza su primer viaje a Nueva Orleans, piloteando una barca que había construído él mismo.

1831
Realiza un segundo viaje a Nueva Orleans y a su regreso se traslada definitivamente al pueblo de New Salem.
En Boston aparece el primer número del "Libertador", el órgano más importante de la campaña para abolición de la esclavitud, fundado y dirigido por William L. Garrison.

1832
El 6 de abril estalla la "guerra" del Black Hawk, la campaña contra los indios Sauk y Fox que, descontentos por la tierra que les había sido asignada más allá del Mississippi, habían vuelto a cruzar el río. Lincoln se enrola como voluntario y es elegido "capitán". De regreso de la campaña se presenta como candidato a la asamblea legislativa del Estado de Illinois en la lista *whig*.

1834
Lincoln es elegido por primera vez para la asamblea legislativa de Illinois. Será reelegido en 1836, 1838 y 1840.

1836
Se hace abogado.

1837
El 15 de abril se traslada a Springfield y se asocia con Stephen T. Logan.

1839
Mississippi es el primer estado que emancipa a las mujeres dándoles el derecho de propiedad.

1842
El 4 de noviembre, después de un noviazgo tempestuoso se casa con Mary Todd, su único gran amor, no obstante lo que se ha dicho en otro sentido sobre la vida de Lincoln.
De familia acomodada, Mary era voluble y ambiciosa. Al pasar los años se hizo cada vez más neurótica y finalmente desequilibrada. Era sistemáticamente celosa de cualquier mujer que se acercara al marido. Mientras el marido estaba ocupado día y noche por la responsabilidad de guiar el país durante la guerra civil, Mary recorría los negocios y compraba cosas en tal cantidad que contraía deudas que Lincoln no estaba en condiciones de pagar.
Del matrimonio nacieron cuatro hijos, pero todos —salvo uno— murieron en la infancia o en la adolescencia.

1846
Electo para la Cámara de Representantes del Congreso Federal.

1848
Desilusionado de sus experiencias en Washington retorna a la práctica de la abogacía.

1850
En una tentativa para disminuir las crecientes disidencias entre los estados del Sur y el resto del país, el Congreso apoya el compromiso propuesto por Henry Clay que intentaba perpetuar el equilibrio en el plano nacional, entre los estados donde la esclavitud era permitida, y los estados donde se la prohibía.

1852
Aparece *La cabaña del Tío Tom*, la novela de Harriet Beecher Stowe, que tendrá un papel muy importante en la causa de la emancipación de los esclavos.

1854
Se funda el Partido Republicano. Se rompe el equilibrio entre el Norte y el Sur debido a la aprobación de la Kansas-Nebraska Act, con la que el senador demócrata Stephen A. Douglas abre estos territorios —hasta ahora cerrados— a los plantadores esclavistas.
Lincoln se reincorpora a la vida política como directo opositor de Douglas. George Fitzhugh publica su *Sociología del Sur*, un libro que intenta demostrar que la esclavitud es mucho más humana que el sistema industrial y que es esencial para cualquier sociedad humana.

1856
Es elegido como presidente James Buchanan.

1857
La Corte Suprema anuncia la sentencia del caso Dred Scott, declarando nula cualquier ley que intente limitar la libertad de acción de los plantadores esclavistas y de los esclavos, su propiedad inalienable.

1859
John Brown intenta, el 16 de octubre, liberar a los esclavos después de haber atacado el arsenal de Harper's Ferry. El 22 de diciembre es capturado y ahorcado.

1860
El 23 de abril se reúne en Charlestown la Convención del partido demócrata, pero los delegados del Sur abandonan el Congreso. Una segunda Convención demócrata se reúne en Baltimore el 23 de junio y nombra a Stephen Douglas. Los secesionistas eligen en Richmond a John Breckinridge, y los republicanos reunidos en Chicago nombran como su portabandera a Lincoln, quien el 6 de noviembre obtiene la mayoría de los votos populares y de los electorales.
El 20 de diciembre Carolina del Sur anula el acto por el cual —en 1788— había ratificado la Constitución de los Estados Unidos y se declara independiente de la Unión. Es seguida por Mississippi (9 de enero de 1861), Florida (10 de enero de 1861), Alabama (11 de enero), Georgia (19 de enero), Louisiana (26 de enero), y Texas (1º de febrero).

1861
Del 3 al 8 de febrero se reúnen en Mont-

gomery (Alabama) 42 delegados de los estados secesionistas y forman los Estados Confederados de América, nombrando a Jefferson Davis presidente temporario y a Alexander Stephens, vicepresidente.
El 4 de marzo tiene lugar el pase del poder de Buchanan a Lincoln.
El 12 de abril, a las 1.30, la artillería confederada comienza el bombardeo al fuerte Sumter (Virginia). El fuerte se rinde dos días después.
15 de abril. Lincoln llama a las armas a 75.000 hombres.
A mediados de julio, en la batalla de Bull Run tiene lugar el primer gran encuentro entre las tropas de la Unión y las de la Confederación.
El 22 de julio el Congreso federal autoriza el llamamiento a las armas de 500.000 hombres.

1862

El 6 de febrero las tropas a las órdenes de Ulisse Grant toman el Fuerte Henry sobre el río Tennessee y el 16 cae también el Fuerte Donelson sobre el Cumberland.
En abril, el general sureño Albert S. Jhonston intenta una contraofensiva de sorpresa a Siloh, pero no obstante las fuertes pérdidas, Grant resiste y Jhonston muere en el campo de batalla.
En los otros frentes, sin embargo, las tropas norteñas a duras penas consiguen contener la ofensiva sureña. También los frutos de la batalla de Antietam son rápidamente anulados en las batallas sucesivas.
El 16 de abril, el Congreso decreta la abolición de la esclavitud en el distrito de Columbia (el territorio autónomo donde se encuentra Washington).
El 22 de setiembre el presidente anuncia que el 1º de enero de 1863 será proclamada la emancipación de todos los esclavos que se encuentren en los territorios de la Confederación del Sur.
El 7 de noviembre, Lincoln licencia como comandante en jefe del ejército al general George B. Mc Clellan y nombra en su lugar a Ambrose E. Burnside.

1863

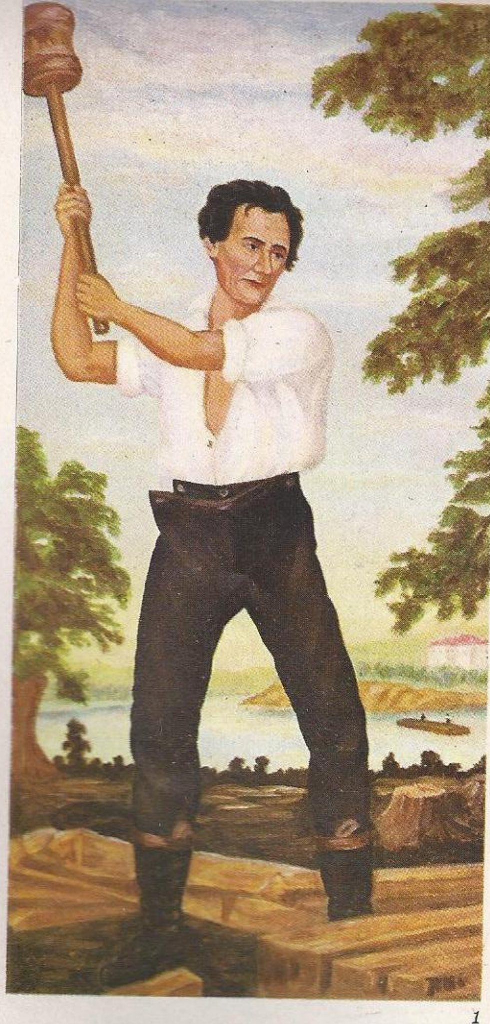
1º de enero. Emancipación de los esclavos.
3 de marzo, el Congreso da la primera ley que hace obligatorio el servicio militar a todos los ciudadanos varones entre los 20 y los 45 años. Pueden eximirse aquellos que paguen 300 dólares.
3 de julio. Después de una larga batalla el ejército de 76.000 hombres a las órdenes del general Robert E. Lee es derrotado en Gettysburg, dejando tras de sí 20.000 hombres entre muertos y heridos.
4 de julio. La defensa de la ciudad fortificada de Vicksburg se rinde al general Grant.
8 de julio. Capturado el Fuerte Hudson, las fuerzas de la Unión dividen en dos la Confederación y consiguen el control completo del río Mississippi.
En los últimos meses del año, tienen lugar feroces combates entre los diversos ejércitos en varias zonas del Tennessee.

1864

12 de marzo. Lincoln nombra a Grant, comandante en jefe. En mayo tienen lugar los sangrientos combates de Wilderness en Pennsylvania.
Mientras las tropas del general Sheridan combaten con éxito creciente en el valle de Shenandoah, y en otros lugares no lejanos a la capital, el general Sherman avanza, de batalla en batalla, hacia el corazón del Sur. El 2 de setiembre ocupa Atlanta. El 15 de noviembre la incendia y comienza la gran marcha hacia el mar, que lo llevará a Savannah el 21 de diciembre.
En el Congreso reunido en Chicago hacia fines de agosto los demócratas aprobaron un programa electoral que declaraba a la guerra como un error y pedía la paz inmediata. Su candidato era el general George B. Mc Clellan, que como Lincoln, se abstuvo de conducir una verdadera campaña y en las elecciones obtuvo sólo 1.797.000 votos contra 2.203.000 para Lincoln.

1865

31 de enero. Las dos Cámaras del Congreso aprobaron la décimotercera enmienda a la Constitución que prohibía explícitamente la esclavitud.
El 3 de febrero, Lincoln se encuentra con tres representantes de la Confederación del Sur a bordo de la nave Hampton Roads. Los sureños solicitan tratar en calidad de nación soberana a lo que Lincoln responde que la primera condición para tratar es el reconocimiento de la autoridad del gobierno central y la soberanía nacional, como asimismo la décimotercera enmienda. La reunión no tuvo ningún resultado práctico.
El 17 de febrero, las tropas rebeldes evacuaron las ciudades de Columbia y de Charleston, en Carolina del Sur.
El 2 de abril es también abandonada la capital confederal, Richmond; el 4, Lincoln la visita.
El 6 de abril el general Lee asume el comando supremo de todas las fuerzas que le restan a la Confederación.
El 9 de abril, en Appomattox, Lee se rinde con 27.805 hombres. El 14 de abril, en el teatro Ford de Washington, Lincoln es víctima de un atentado. Muere a las 7.22 del 15 de abril.
La guerra de secesión es declarada oficialmente concluída el 26 de abril, el mismo día en que fue muerto en Port Royal, mientras intentaba escapar de una cabaña en llamas, John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln.



1

1. *Una imagen popular americana de Abraham Lincoln* (The Bettmann Archive).

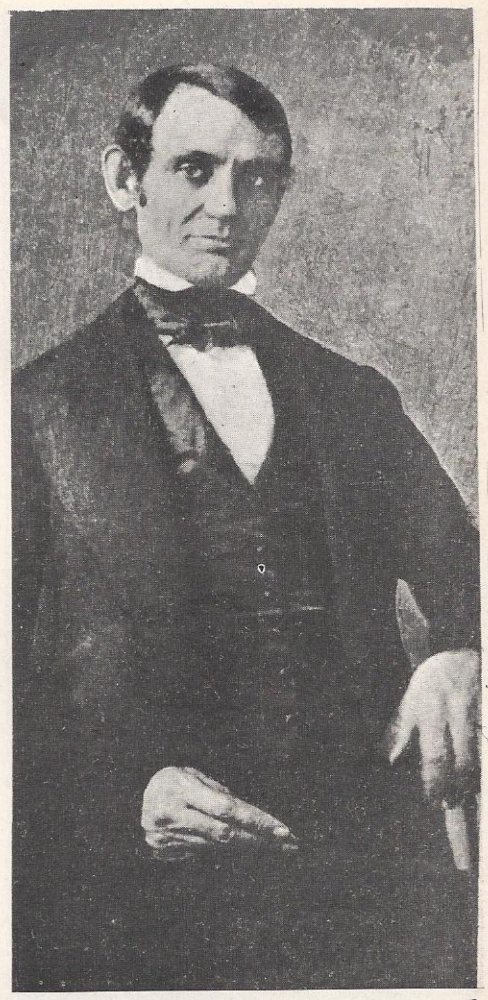
2. *Esclavos negros trabajando en una plantación en el año 1862.*

3. *La primera fotografía que se conserva de Lincoln (1846). Washington, Biblioteca del Congreso.*

4. Mercado de esclavos. *Cuadro anónimo, 1862. Chicago, Historical Society.*



2



3

4



1

1. *Abraham Lincoln. Washington, Biblioteca del Congreso.*

2. *William Lloyd Garrison. Fotografía de M. Brady. Washington, Biblioteca del Congreso.*

3. *Stephen A. Douglas. Colec. Frederick Hill Meserve.*

4. *John C. Calhoun. National Archives.*

El hombre y el mito

No ha sido nunca fácil, para los políticos de los Estados Unidos, llegar a ser héroes populares. El americano medio siempre ha admirado más a los pioneros, los industriales, los generales, que a los líderes políticos. Sin embargo, el único santo laico de los americanos es Abraham Lincoln, el hombre que en su vida no quiso ser otra cosa que un político. Lincoln es venerado por republicanos y demócratas, por cristianos e incrédulos, por magnates y miserables, por patriotas y por cínicos.

En el siglo que ha transcurido desde su muerte, nadie, ni siquiera los escritores y publicistas iconoclastas de los años "veinte", cuyo mayor placer era echar fango sobre los personajes de la mitología popular, osaron atacar a Lincoln ni deteriorar su imagen. Son muchas y complejas las formas que ha tomado la leyenda de Lincoln y son, a la vez, numerosas las razones que mantienen vivo el mito.

En estos últimos años Lincoln ha aparecido, no sólo como el libertador de los esclavos, sino como el maestro y el mártir, el redentor y el santo, el hombre que reunió en sí los temas cristianos de la expiación y de la salvación con los del hombre emprendedor, todos ellos, propios de la ética nacional americana.

Su muerte a manos de un asesino, cuando dedicaba todas sus energías al servicio de la nación, ha contribuído obviamente a su leyenda; pero es necesario recordar que un fin similar no ha llevado a la inmortalidad a otros presidentes ¿Quién piensa con gratitud o con afecto en William McKinley o en James Garfield?

Para comprender la vitalidad del mito de Lincoln es necesario tener presente la importancia histórica de este presidente y los acontecimientos de los que fue protagonista; pero una vez establecido su papel insustituíble, debe considerarse la personalidad de este hombre, su capacidad de crear y mantener en vida una imagen mítica de si y de su trabajo, de sus afanes y de su tiempo. Indudablemente, la fama y la grandeza de Lincoln derivan básicamente de la manera como comprendió que la secesión del Sur era la mayor crisis de la breve historia de su país. Sin la secesión, habría continuado siendo un abogado de provincias; gracias a la secesión, se transformó en un hombre de estado de extraordinaria habilidad.

Al convertir la unidad nacional en el valor máximo y elevar a la Unión —como dice el reverendo Alexander Stephens— "a la sublimidad del misticismo religioso" sacrificando además, su vida en esa batalla, Lincoln ha tomado en la conciencia de los norteamericanos, como en la realidad histórica, el lugar de George Washington y llegado a ser el verdadero padre de la patria.

Hasta la guerra civil, los Estados Unidos eran en realidad más una expresión geográfica que una nación orgánicamente vital; eran —según la definición de Emile Durkhein— una sociedad segmentada, un continente en el cual un pueblo era igual a otro, sin relaciones complementarias, sin intercambios, sin esa ósmosis recíproca, ese diálogo, esa interacción que constituyen las premisas de una verdadera unidad nacional. El hecho mismo de que la independencia se hubiera logrado a un precio tan bajo de sangre y de sufrimientos, sin duras luchas ni sangrientas batallas, le había dado a la nación americana un carácter irreal.

Los mismos ideales "iluministas" grabados en la Declaración de la Independencia parecían más los fundamentos de una sociedad universal que las premisas de una compacta conciencia nacional.

La natural tendencia centrífuga a instalarse en los bordes de ese continente rico y despoblado, el flujo de habitantes de diversas lenguas, creencias y nacionalidades que por la abundancia de espacio y por los débiles lazos del sistema político coexistían como unidades sociales independientes, y más tarde, las grandes diferencias regionales que, por tradición social, por condiciones geográficas y necesidad económica se habían formado, constituían los principales factores que habían dado ese carácter irreal a la unidad nacional de los Estados Unidos. La guerra civil no fue sólo un terrible baño de sangre sino que por primera vez, el pueblo norteamericano tuvo, y de manera indeleble la convicción de constituir en verdad una nación unida e indivisible. Y Lincoln fue el demiurgo de esta metamorfosis.

La grandeza de Lincoln no radica solamente en haber salvado la unidad nacional, sino en haber logrado en esta lucha por la supervivencia dar una nueva cohesión y vitalidad a la nación. Contribuye a engrandecer su figura, más allá de su coraje, de su humildad o de su espíritu de sacrificio, su habilidad para dar un significado altamente moral al esfuerzo por salvar la integridad territorial de la república; para hacer, de los ideales de la Declaración de la Independencia, la base de nuevos objetivos y la razón central del conflicto. La exigencia de unidad nacional y al mismo tiempo, de autonomía local, los ideales de la revolución y los objetivos prácticos de una sociedad capitalista se atemperan y se limitan a su vez en una dialéctica mucho más complicada de cuantos numerosos idealistas de este siglo o del siglo pasado han tratado de hacernos creer; pero el sentido de moderación que, como veremos, fue una de las virtudes fundamentales de Lincoln, no restó nada al conjunto de ideales ni a la herencia moral que dejó a la nación.

Lincoln por lo tanto, no es sólo el jefe político que sabe dirigir hábilmente el gobierno. En el ejercicio de sus funciones demostró una capacidad creativa y una fuerza intelectual y moral, que constituyen la base de su fascinación, más allá de la

retórica de millares de discursos en su honor y de bibliotecas íntegras destinadas a recoger el torrente de palabras escritas sobre él y sobre su tiempo. Lincoln fue el gran hombre de estado que sabe armonizar las exigencias inmediatas con una visión global de largo alcance, que tiene una perspectiva muy clara de los objetivos estratégicos que quiere alcanzar y una insólita habilidad para expresarla en un lenguaje que es captado inmediatamente por el pueblo y que perdura en él.

La compleja riqueza de su mente y de su personalidad, bajo la apariencia de una extrema simplicidad y humildad, pueden ser mostradas en una reseña —aunque sea apretada— de su vida; pero antes de comenzar tal reseña, es necesario destacar la fe que Lincoln tuvo en la palabra, y el papel que el lenguaje tuvo en su carrera para crear y alimentar el mito de la nación y el de sí mismo.

El destacado crítico literario Edmund Wilson ha demostrado que si bien Lincoln nunca asistió a una escuela pública, y mucho menos a una universidad, sus discursos y sus escritos testimonian una excepcional intuición sobre el efecto mágico que produce el ritmo de las palabras y una maestría verbal que lo acerca a los grandes poetas. Pero la fuerza creativa del poeta se muestra sólo en pequeña parte a través de las palabras. Su vida es parte integral de su patrimonio ideal y de su imaginación; le confirió a su propia existencia las cualidades de una gran obra de arte.

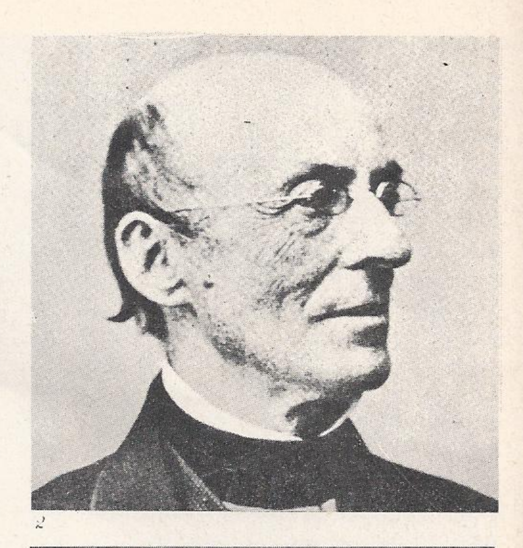
No sólo los ideales por los cuales combatió y las causas por las que sacrificó su vida contribuyeron a hacer de él una figura legendaria sino también su habilidad para crear su propia leyenda. "Lincoln no fue el primer político americano eminente de humilde origen; —ha escrito Richard Hofstadter— ni el primero en servirse de ello. Pero pocos pudieron aspirar a un ascenso tan repentino que los llevara de una relativa obscuridad a la cumbre de la fama. Ninguno mantuvo con tanta aplicación un aspecto de extrema simplicidad mientras escalaba la cima. Y ninguno consiguió combinar la conquista del éxito y del poder con un no menos vivo y consabido sentido de la humildad y de la responsabilidad moral. Fue precisamente en la realización de sus deseos y de sus aspiraciones de hombre común que Lincoln se sintió fuera de lo común y es, en este sentido, que mostró al mundo el significado de su vida. Agudamente consciente de su propio papel, el hombre que todo lo debió a sí mismo desempeñó su parte con intensa coherencia."

Un pionero

En la sociedad norteamericana ningún mito ha tenido más adeptos ni ha ejercido más fascinación que el del *Self-made man*: el hombre que lo debe todo a sí mismo. Todavía hoy, un rico heredero que como Barry Goldwater, vive en una mansión con aire acondicionado y en los umbrales del desierto instala un Hi-Fi, para reproducir el sonido de imaginarias cascadas, puede presentarse ante el electorado como el gran profeta del espíritu pionero y obtener 25 millones de votos. Lincoln no necesitó de grandes expertos en opinión pública para aparecer como el hombre que lo debe todo a sí mismo.

Había nacido en una cabaña de troncos de una sola habitación y sin piso, con una única abertura que hacía de puerta y de ventana, y con un largo camino de troncos recubierto con arcilla; perdida entre las colinas deshabitadas de Kentucky, no lejos de Elisabethtown. Sus antepasados que se encontraban en América desde la primera mitad del siglo XVII, habían presenciado de generación en generación, la epopeya de los pioneros que luego de haber abierto la senda entre bosques y forestas y de haber acondicionado una parcela de tierra para su cultivo, emigraban, avanzando hasta encontrar otras tierras vírgenes más fértiles. Durante toda la infancia y la adolescencia, Abraham repitió una experiencia similar. Cuando apenas tenía dos años sus padres se trasladaron a tierras más productivas, situadas a lo largo del Cumberlain Trail, la ruta que de Louisville llevaba a Nashville. En los tres años que vivió en esa campaña más grande que aquella en la que había nacido, pero no muy distinta, Abe vio pasar caravanas de pioneros que desde el Sur, se dirigían hacia el Valle de la Democracia, a la zona meridional de Ohio, a Indiana e Illinois; observó a los ambulantes predicadores que sentaban los fundamentos del metodismo y de la iglesia baptista, y quizás contempló algunas filas de esclavos guiados por un guardián a caballo.

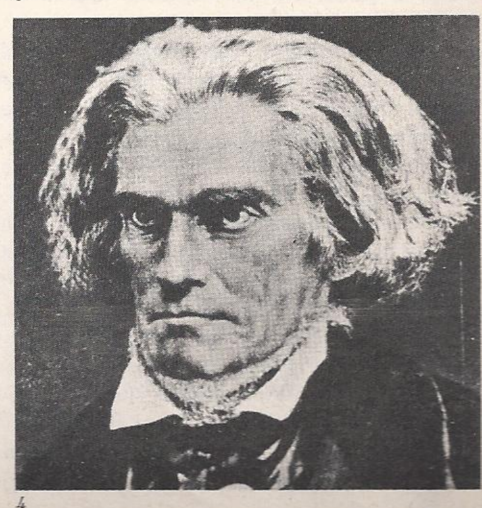
En 1816 Thomas Lincoln decidió seguir el ejemplo de tantos pioneros y buscar fortuna con su familia en una zona casi completamente inexplorada y despoblada de Indiana. "Cuando mi padre se estableció allí por vez primera, aquella era la línea de la frontera —dice Lincoln en un poemita escrito años más tarde—; el rugido de la pantera irrumpía en las noches de terror, y los cerdos eran atacados por los osos". Thomas Lincoln eligió, para construir su cabaña, una pequeña colina donde la vegetación no era muy densa, pero para llegar a ella era necesario abrirse camino con el hacha entre los densos bosques de áceres, abedules, sicomoros y guindos salvajes con matorrales de todo tipo que se mezclaban con los gigantescos troncos de las encinas y los olmos. En toda la zona circundante abundaban ciervos y ardillas, panteras, osos, animales selváticos, codornices, pavos salvajes, pájaros de todo tipo. Durante el verano, el bosque se infestaba con nubes de mosquitos y otros insectos devoradores. Pese a que Abe tenía sólo siete años y medio cuando con su hermana, su madre y su padre llegó a esa zona, debió trabajar de la mañana a la noche cortando árboles pa-



2



3



4

ra levantar una cabaña provisoria en la que pasar el invierno además de cazar los animales suficientes para la alimentación. A los ocho años era ya leñador, granjero, carpintero y cazador. Después del primer año, la soledad fue interrumpida por la llegada de varios parientes, pero luego de algunos meses una epidemia del "mal de la leche" hizo estragos llevándose incluso a la madre de Abe. Sólo la llegada de una madrastra, a la que Lincoln llamó más tarde "mi angélica madre", trajo a la gran cabaña de troncos —junto con los tres hijos de un matrimonio precedente— una nueva serenidad y un mínimo de orden.

En los años de su adolescencia, Abe Lincoln, comenzó a revelar ciertas características de su personalidad que perdurarían a lo largo de su vida. Impulsado por su madrastra, frecuentó durante algunas semanas, por dos o tres inviernos las lecciones de maestros en tránsito y aprendió, no sólo a escribir y a hacer cuentas, sino que descubrió la fascinación de la lectura. Desde entonces comenzó a pedir a los vecinos libros prestados; leyó y releyó las fábulas de Esopo, Robinson Crusoe, la vida de Washington de Mason Weems, el famoso clásico puritano *Pilgrim's Progress* de John Bunyan, la Biblia y algunos otros pocos libros que pudo procurarse. Abe, que en los años anteriores había demostrado pasión por las labores del campo, trabajaba ahora con indolencia; no se avergonzaba por cesar de cavar o por suspender la siega del heno para sentarse a la sombra de un árbol y ponerse a leer un libro. Otras veces escribía con un cuchillo en la corteza de los árboles o sobre la mesa de la cocina. Cuando leía se tornaba serio, taciturno y soñador, perdido en quién sabe qué fantasías. Pero sus pensamientos no se alejaban tanto del mundo circundante como para no hacerle ver las posibilidades que tenía de no pasar el resto de su vida desbrozando tierras vírgenes, como lo había hecho su padre sin alcanzar a asegurar un pasar decente a su familia.

Después de haber trabajado durante varios meses de verano, por cuenta de un hombre que tenía a su cargo el transporte de personas, en la confluencia del Creek con el Ohio, el joven decidió construir una barca rudimentaria e instalarse por su cuenta.

Con la experiencia y los ahorros de aquel período, a los diez y nueve años tuvo el coraje suficiente para construir una nave de carga, y junto con un joven amigo conducirla a lo largo del Mississippi, llena de productos agrícolas, hasta Nueva Orleans. Aquel viaje, no exento de peripecias, tuvo una importancia enorme en la formación de Lincoln, no sólo porque señaló el paso definitivo de la adolescencia a la madurez, sino porque abrió nuevos horizontes al joven que había crecido hasta ese momento en los bosques; le reveló la inmensa dimensión del país, la diversidad de sus formas de vida y lo lanzó, por primera vez, a la tremenda vitalidad de un gran centro metropolitano y de una ciudad comercial como Nueva Orleans.

Tendrían que pasar otros dos años para que Abe se decidiese a dejar a sus familiares, y tres para que se trasladase a un poblado; pero luego de ese primer viaje a Nueva Orleans, dejó de ser el rústico que no conoce otra cosa que los bosques y las tierras incultas.

Hasta su muerte, Lincoln será un hijo de pioneros, un hombre salido de la "frontera", el americano que lleva en su lenguaje y en su forma de pensar el sello inconfundible de la tierra conquistada y puesta en cultivo, de la fatiga solitaria y de la lucha contra la naturaleza. "Muchas de las similitudes y metáforas que adornan su estilo tienen el perfume del campo, ha escrito con justeza Benjamín Thomas. El caballo, el perro, el arado, el cerdo son las imágenes con las que expresa su pensamiento cuando quiere hacerse entender por las personas simples. Sus anécdotas tienen el sabor agudo de lo vulgar". En resumen, Lincoln, conservó la experiencia y el lenguaje de un pionero. Pero no fue víctima del ambiente en el cual se crió. Desde temprano comprendió la compleja dinámica que liga la tierra con los pueblos y las ciudades y si bien estuvo lejos de transformarse en un fanático de la mitología pionera, supo, sin embargo, aprovechar para sus propios fines su origen y su ligazón con la muchedumbre que abrió el camino del Oeste. Desde temprano desarrolló una visión, compleja y madura, de las múltiples fuerzas que dan vigor a la sociedad americana.

Iniciación en la política

Después de su segundo viaje a Nueva Orleans, Lincoln se estableció permanentemente en New Salem —pueblo de pocas familias— en el centro de Illinois. En esta típica comunidad de pioneros construída en torno a la droguería y el *saloon* de Clary, descubrió la política. El primero de agosto de 1831 votó —por primera vez— para un insignificante cargo político, pero al año siguiente, no sólo participó en las elecciones presidenciales sino que, incluso, se presentó como candidato a la asamblea legislativa del estado de Illinois.

Pero para su carrera política no fue tan importante la candidatura —que no despertó el entusiasmo de los electores— como lo fue la elección personal que hizo, en esa ocasión, el futuro presidente de los Estados Unidos.

Los años de la juventud de Lincoln habían sido años turbulentos para la vida política americana. Entre 1812 y 1828, el sistema partidario bipartito que se afirmó en los primeros decenios de la república, había entrado en crisis.

Como una tentativa de hacer desaparecer las subdivisiones y llevar al país hacia la unidad que reinaba en Washington, se ensayó vivificar un partido único, pero sólo se logró una caótica fragmentación basada en los intereses locales y personales. Al tiempo que las líneas programáticas se confundían y el partido federalista se debilitaba, se abrían camino los políticos puros y profesionales. Simultáneamente se produjeron profundas transformaciones sociales; los artesanos y los agricultores pobres, en particular aquellos instalados en las zonas recientemente incorporadas a la agricultura como los padres y los parientes de Lincoln, habían llegado a ser una fuerza social importante. Cuando estos nuevos estratos sociales alcanzaron el derecho del voto, se desarrollaron cuestiones y organizaciones típicas de la política democrática y masiva. Estas nuevas multitudes reclamaban un gobierno que respetase sus intereses y satisfaciese sus ambiciones. Los alentaban en este sentido, los políticos de nuevo tipo que conocían las técnicas para convencer al pueblo, los líderes que sabían respetar y expresar los sentimientos de la masa. El máximo exponente de esta nueva democracia era Andrew Jackson. Nacionalista hasta el fanatismo, comandante militar, senador influyente, sostenedor de la moneda fácil, indispensable para los pequeños empresarios y los pioneros, este caballero de la frontera había llegado a ser el profeta de los derechos del hombre común y por primera vez, en la historia del país, había planteado cuestiones populistas; glorificando y no condenando a la masa, había olvidado las admoniciones de los "federalistas" contra los peligros de un gobierno popular. Hizo suya, por el contrario, la teoría que afirmaba que el gobierno no debe estar en manos de minorías sino que debe pasar, lo más frecuentemente posible, de una persona a otra, porque "los deberes de todos los funcionarios son —o al menos así han sido creados— tan simples y claros como para que todo hombre dotado de inteligencia pueda ser rápidamente preparado para su cumplimiento"; mientras que el hábito del poder hace indiferentes y corrompe. Con esta doctrina, más tarde bautizada "sistema de los despojos" o sistema de las rotaciones, Jackson teorizaba sobre uno de los temas más queridos por los pioneros, al mismo tiempo que se colocaba por encima de las luchas partidarias apareciendo como el jefe carismático del pueblo. Privado de la presidencia en 1824 por una alianza de candidatos, cada uno de los cuales había tenido menos votos que él pero que, en su conjunto, controlaban la comisión restringida de los hombres importantes del Congreso, Jackson se tomó la revancha en 1828 y en 1832 al presentarse como candidato del partido democrático contra Henry Clay el más notable exponente del partido republicano nacional, entonces ya conocido como partido whig.

Los familiares de Lincoln habían sido siempre partidarios de Jackson, lo mismo que sus amigos y conocidos de Salem, pero Lincoln no se alineó junto al ídolo de las masas; se fue con los republicanos nacionales. O sea con los moderados y conser-

135,000 SETS, 270,000 VOLUMES SOLD.

UNCLE TOM'S CABIN

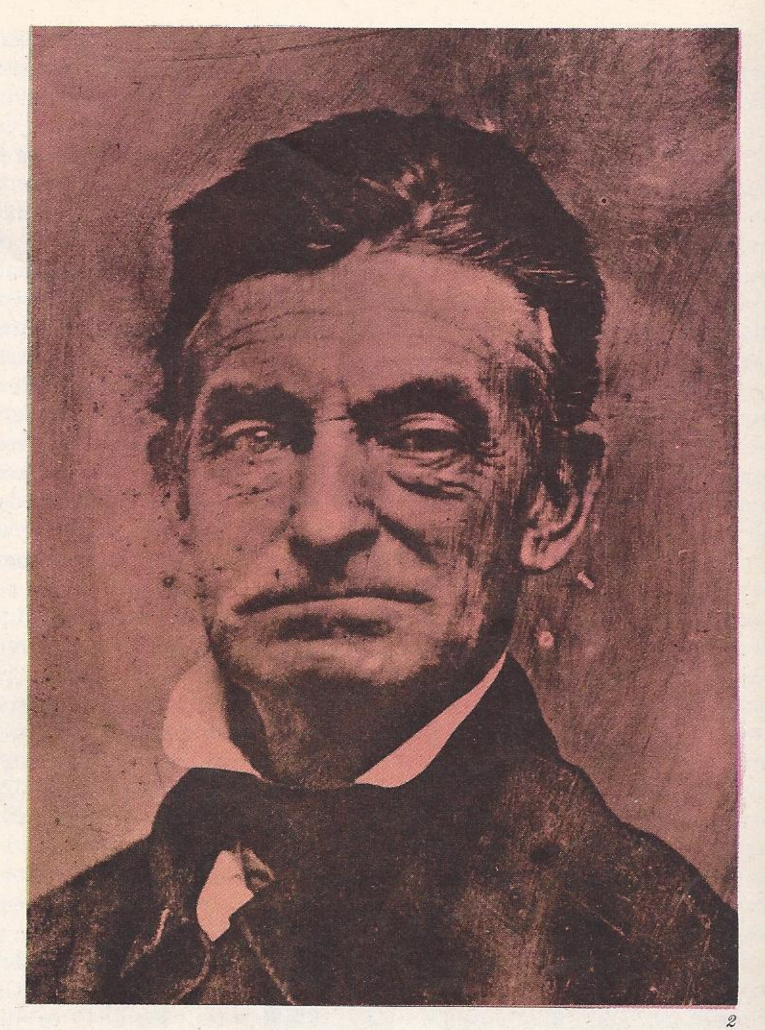


FOR SALE HERE.

AN EDITION FOR THE MILLION, COMPLETE IN 1 Vol., PRICE 37 1-2 CENTS.
" " IN GERMAN, IN 1 Vol., PRICE 50 CENTS.
" " IN 2 Vols., CLOTH, 6 PLATES, PRICE $1.50.
SUPERB ILLUSTRATED EDITION, IN 1 Vol., WITH 153 ENGRAVINGS,
PRICES FROM $2.50 TO $5.00.

The Greatest Book of the Age.

1



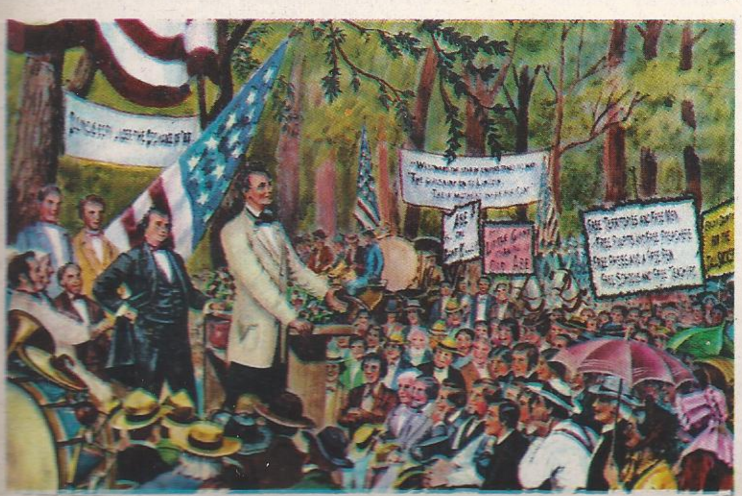
2



3



4



5

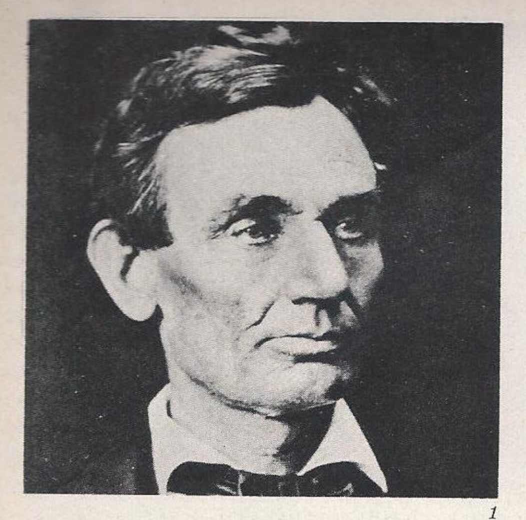
1. *Anuncio publicitario de* La cabaña del Tío Tom. *Nueva York, Historical Society.*

2. *John Brown. Fotografía, hacia 1856.*

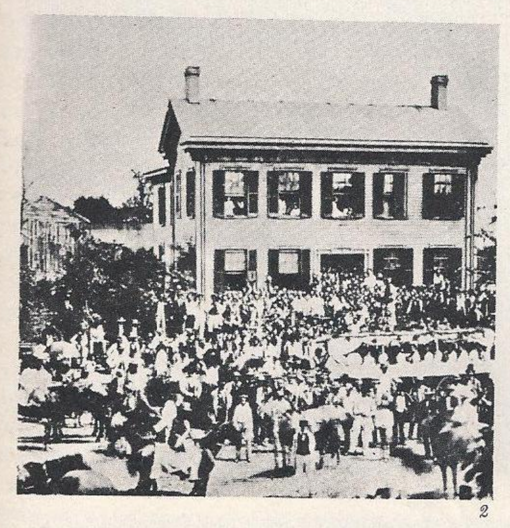
3. *Una calle de Springfield, Illinois, en 1837.*

4. *El estudio jurídico de Lincoln-Stuart en Springfield.*

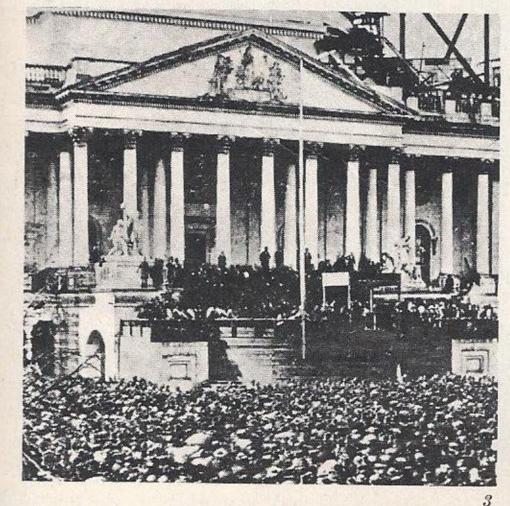
5. *Lincoln en 1858.* (The Bettmann Archive).



1



2



3

1. Lincoln en 1860. Chicago, Historical Society.

2. Lincoln en Springfield en 1860. Chicago, Historical Society.

3. Instalación de Lincoln en el Capitolio de Washington en 1861. Colec. Meigs, Museo Nacional de los Estados Unidos.

vadores, es decir con los que creían en el desarrollo del interior del país, en un sistema financiero y bancario sólido y conservador, con los exponentes de la clase más rica, influyente y respetada.

En esta decisión de selección política, Lincoln fue probablemente empujado por el deseo de hacer carrera y por la ambición que lo impulsaba a estudiar, a participar activamente en las asociaciones para los debates, a vestirse menos rústicamente y a establecer relaciones con las personas más influyentes. Pero también hubiera podido hacer carrera siguiendo el ejemplo de los dirigentes jacksonianos. En verdad, en su primera elección estaba ya presente el gusto por la moderación y el sentido de la responsabilidad, ese instinto por el respeto de las instituciones y las clases que las defienden que será la base de toda la acción política de Lincoln.

Obviamente el joven abogado, anguloso y vigoroso, infundía respeto aun cuando su lenguaje traicionaba su origen campesino y su limitada cultura. Su carrera fue rápida. Si alcanza la octava colocación entre trece candidatos en 1832, dos años más tarde resultará elegido para la asamblea representativa del Estado de Illinois con el máximo número de votos para un candidato. Reelecto regularmente en las tres elecciones sucesivas, tanto en 1838 como en 1840, fue el candidato del partido whig para la presidencia de la Cámara de Representantes. En 1840 es ya una personalidad con autoridad entre los whigs al punto de ser invitado a ayudar al candidato del partido para la presidencia, William Henry Harrison. Y una participación todavía mayor tuvo Lincoln en la campaña presidencial de 1844 cuando, a la cabeza de la lista whig, está su ídolo, Henry Clay. En 1846 entra finalmente en la vida nacional al llegar a ser miembro de la Cámara de Representantes de Washington. Dos años más tarde, la dirección del partido lo nombra agente electoral del general Zachary Taylor, y lo envía a hablar a Massachusetts y Maryland.

Abogado en la "frontera"

Desde 1832 el interés político domina siempre su existencia; todas las demás actividades están condicionadas a este interés central. Dado que la abogacía era el oficio más ligado a la política, Lincoln estudia los *Comentarios* de Blackstone, y los *Juicios* de Chitty y los otros libros de jurisprudencia más difundidos en el pequeño centro de la "frontera". En 1836, se lo admite para desempeñarse como abogado en el tribunal de Sangamon y, poco después, en todos los otros tribunales del Estado de Illinois. En una época en la cual la mayoría de los cargos públicos no eran retribuídos, la abogacía le permitió vivir mientras se dedicaba a la política.

El oficio de abogado no era muy difícil, las causas eran bastante simples: vacas que entraban en un terreno cultivado y arruinaban el grano, puercos, ovejas o caballos que habían sido robados, líneas de demarcación en los títulos poco claros, causas de divorcio, litigios entre vecinos. Las causas se discutían siempre frente a un grupo de jurados del pueblo, porque, más que la refinada y refrendada cultura jurídica contaba el buen sentido, la argucia, la sinceridad y la honestidad del abogado. Aunque se ganaba bastante bien (Lincoln en 1842 ganaba tanto como el gobernador del Estado y dos veces más que el salario de un juez), la vida del abogado era tan fatigosa como la del vendedor ambulante o la del predicador viajero. El radio en el cual Lincoln trabajó durante veinte años abarcaba doce mil millas cuadradas y en buena parte de este territorio la población estaba tan dispersa que se podía viajar un día a caballo sin encontrar una sola casa; además, los caminos eran, en primavera pistas fangosas; polvorientas en el verano y el otoño; casi inutilizables en el invierno. Para visitar a los clientes o para alcanzar el pueblo que servía de cabeza del condado y donde se reunía el tribunal, Lincoln recorría a caballo cincuenta o más kilómetros por día. Pero si esta vida era fatigosa ofrecía las mejores ocasiones para estar en contacto con la población de la zona. Los días en los cuales se reunía el tribunal del condado eran fechas importantes para los abogados que eran recibidos como celebridades. Después de haber sido transferido a Springfield y de haberse asociado con Stephen T. Logan, el estudio de Lincoln pasó a ser uno de los más importantes de Illinois. Tanta fue su fama que el estudio siguió funcionando aun durante los años que Lincoln pasó en Washington como miembro de la Cámara de Representantes. Los años en que volcó todas sus energías en la abogacía fueron los que van de 1848 a 1854.

Frente a frente con el hombre "americano"

Los cuatro años pasados en la capital y dentro del laberinto de la política nacional no fueron los más felices de su vida. Ante todo, Lincoln no era partidario en absoluto, de la guerra contra México iniciada por el presidente Polk en 1846.

Ningún mito después del de la superioridad teórica y práctica del hombre común entusiasmaba más a la América de ese decenio que aquel del "destino manifiesto", de la conquista del continente entero. Este era un tema que hacía caer en éxtasis a predicadores y politiqueros, filósofos y periodistas, empresarios y trabajadores analfabetos. Retomando una vieja idea que Europa vio teorizada con rigurosa pedantería por Hegel y por Gioberti, desde hacía un tiempo en los Estados Unidos y en todos los niveles sociales se sostenía que la conquista del continente íntegro estaba directamente ligada con las etapas providenciales que hacen marchar a la civilización de Oriente hacia Occidente; y además, en este período se destacaba la superioridad del *hombre*

americano sobre toda otra expresión de la raza humana. Con la teoría del "curso del Imperio" y de la marcha de la civilización era fácil explicar cómo y por qué la primacía civil había pasado de Gercia a Roma, de Roma a Francia, de Francia a Inglaterra. "Pero la antorcha de la civilización —sostenían escritores y publicistas—, había sido arrancada al último bastión del viejo mundo y el imperio del futuro estaba en América del Norte". Las pruebas de esta herencia podían ser ejemplificadas con la ciencia, la astronomía, las Sagradas Escrituras o la historia, pero ninguna era tan convincente como aquella que provenía del ambito de América, de la naturaleza misma. América era de hecho, el jardín del mundo como lo revelan, a cualquiera que tenga ojos, los bosques vírgenes, los ríos frente a los cuales el Nilo o el Ganges son simples arroyos, las interminables florestas más imponentes que las catedrales, los recursos naturales sin fin y las tierras de una fecundidad sin parangón. Es al contacto con esta naturaleza benéfica, reservada por la providencia hasta la época de los pioneros, que nace el *hombre americano* hijo de la naturaleza virgen, colonizador vigoroso y sanamente rústico, modelo de la más fundamental pureza moral, pilar de la sociedad democrática que no está enlodada por la corrupción y la opresión de la llamada civilización. "La salvación del mundo está en las selvas", gritaba Thoreau, retomando un tema literario que había llegado a ser creencia de las masas y aceptado tanto por los estrechos círculos culturales como por las multitudes indiferentes que desconocían lo que escribían los intelectuales o pintaban los artistas como Thomas Cole y A. B. Durand.

La primacía civil de América, la marcha irresistible de la civilización y el destino manifiesto hacían, no sólo posible, sino obligatorio, extender los confines de los Estados Unidos. Efectivamente, muchos comerciantes pensaban ya en el mercado chino; esto tuvo eco en los discursos del presidente Polk quien se proclamaba ansioso por "aumentar el amplio y ventajoso comercio con la China y con los otros países del Este". Agricultores y especuladores estaban sobre todo interesados en la expansión de Texas, California, Oregón y el Canadá. Pero también los hombres de negocios veían en la marcha hacia el Oeste, campos nuevos para su comercio y para las inversiones, territorios que pronto darían buenas ganancias.

Convirtiéndose en el portavoz del espíritu del oeste, Polk había apoyado la conquista del territorio occidental y provocado a los mejicanos, enviando un ejército al sur del Río Grande.

Las fáciles victorias no habían hecho otra cosa que aumentar la fiebre de la guerra y los políticos más demagógicos y los organismos de opinión pública pedían además la conquista de todo México. "Es una gloriosa perspectiva la anexión de todo México —escribía, por ejemplo el "New York Herald"—; como las vírgenes sabinas, aprenderán amar a quién los ha conquistado".

Los líderes whigs habían sostenido siempre que el desarrollo interno del país debía tener precedencia respecto a una ulterior expansión territorial. Los más elocuentes y memorables documentos dejados por los whigs son los mensajes y discursos en los cuales el presidente John Quincy Adams, reclamaba una espesa red de caminos y canales que facilitara los intercambios comerciales y las comunicaciones entre las varias regiones y proponía aumentar el precio de las tierras que se vendían a los colonizadores para crear escuelas, universidades, observatorios astronómicos, de manera de robustecer las relaciones culturales entre los Estados Unidos y Europa; pedía también un gobierno central con el suficiente poder como para impulsar todos los aspectos de la vida civil.

Sin hacer propuestas de tanta envergadura, Abraham Lincoln sostenía, al presentarse ante el electorado, que debía tener precedencia el desarrollo interno del país, y fue un propulsor incansable de la construcción de caminos, ferrocarriles, diques, canales, de la adaptación de los ríos para la navegación y del desarrollo en general de los recursos naturales.

Además el mismo buen sentido que lo había preservado de idolatrar al hombre común había impulsado a Lincoln a no apoyar ciegamente las teorías que preconizaban un expansionismo privado de frenos.

Durante la presidencia de Polk, los whigs tenían buenas razones para ser contrarios a la guerra contra México, puesto que el presidente pertenecía al partido demócrata. Pero dado que tenían la mayoría en el Congreso y visto el entusiasmo que suscitaba la guerra en vastos sectores de la población, los líderes del partido aprobaron el pedido de fondos presentado por la administración; al mismo tiempo y cada vez con mayor frecuencia pronunciaban discursos contra la "guerra no necesaria". Como novel diputado, Lincoln se reservó, al principio sus dudas, pero más adelante se tornó cada vez más crítico contra la administración. Pero, con gran sorpresa, advirtió poco después que sus electores en Illinois, estaban indignados por su comportamiento "antipatriótico", y si no hubiera decidido antes admitir que otro candidato compitiera por su banca habría con toda seguridad resultado vencido.

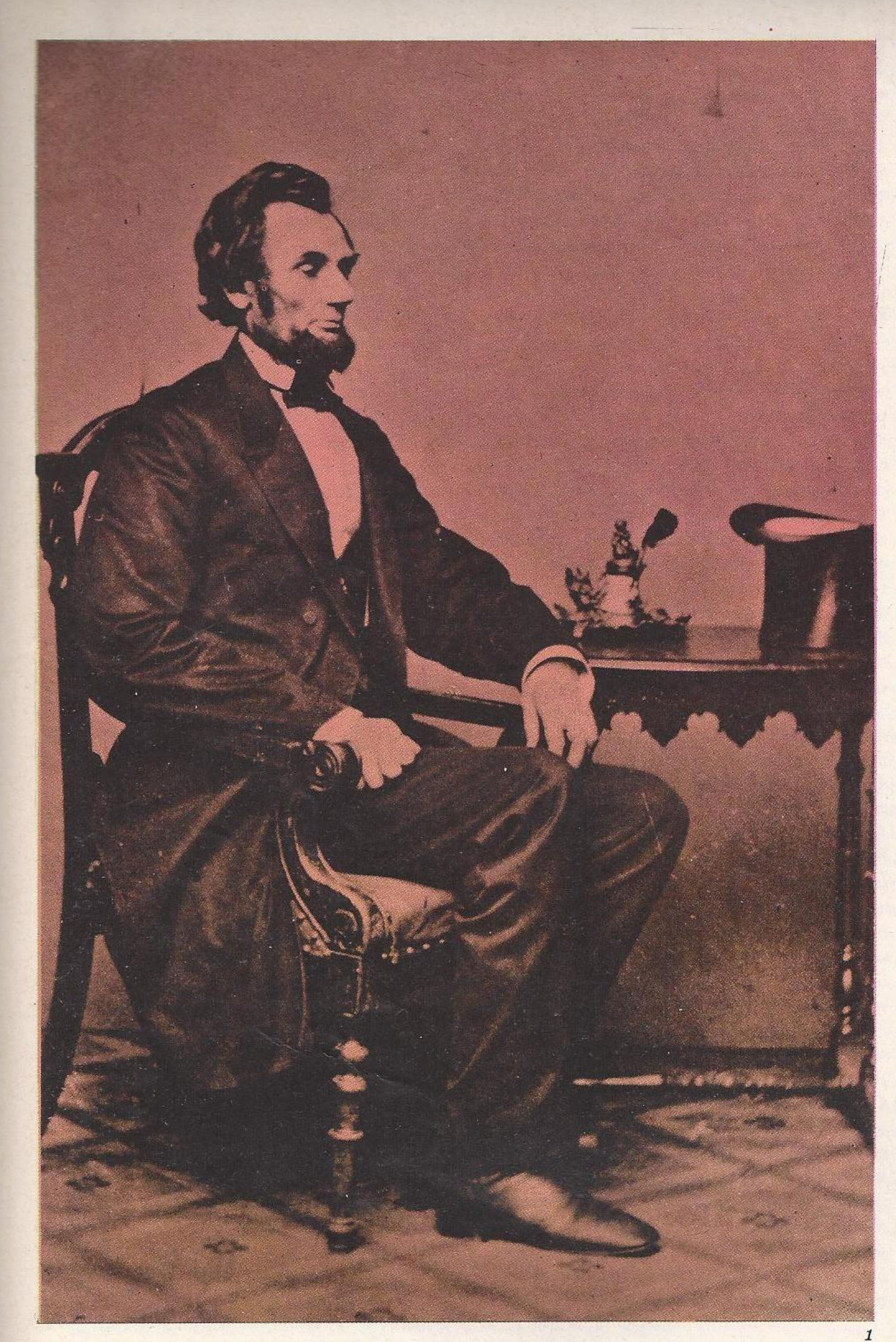
Pero todavía más grande fue su desilusión cuando comprobó que a pesar de haber sido uno de los primeros entre los políticos que promovieron la candidatura del general Taylor, se le negó un puesto en la oficina del catastro una vez ganadas las elecciones; desconsolado y deprimido rehusó poco después el cargo de gobernador del territorio de Oregón y por cinco años se apartó completamente de la vida pública.

Norte y Sur

Aquellos años —entre 1849 y 1854— fueron para Lincoln de intensa labor, pero también lo fueron de estudio y meditación. Delgado —todo huesos— Abraham Lincoln era extremadamente reservado, y por añadidura silencioso, tanto cuando estaba en público como en la intimidad de su hogar. Durante sus largos viajes en calesa y en las horas libres de su trabajo, leía frecuentemente los seis primeros libros de Euclides, tratados de astronomía y de matemáticas y las obras de Shakespeare. Pero con avidez todavía mayor leía los periódicos. En efecto, aquellos eran años tormentosos. Los desacuerdos entre los estados del Norte y del Sur se hacían cada vez más profundos e irreconciliables. El victorioso fin de la guerra contra México había intensificado el movimiento en pro de la creación de nuevos estados y había constreñido al Congreso a reexaminar el grave problema de la esclavitud. Dentro de la esfera de un gobierno fiel al sistema federal —y expansivo— los estados meridionales no se conformaban con mantener la esclavitud dentro de sus propios límites; les resultaba también esencial conservar el equilibrio entre los estados esclavistas y los no esclavistas. Hacía treinta años que se había firmado el "Compromiso de Missouri" por obra de Henry Clay y John Quincy Adams, que establecía que la esclavitud no podía ser extendida al norte del paralelo 36°30' del territorio adquirido a Francia por Thomas Jefferson.

Hacia 1820 no existía todavía en el Norte un fuerte movimiento abolicionista pero la situación era bien distinta en 1850. En 1831 William Lloyd Garrison había publicado el primer número del "Libertador", la revista que transformó el movimiento antiesclavista en una cruzada nacional. La esclavitud no era sólo injusta, antidemocrática e ineficaz; era pecaminosa, era un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno. Todo cristiano tenía el deber, no sólo de condenarla sino de destruírla.

En un clima de reformas humanitarias inspiradas en aquellos años por el protestantismo, el abolicionismo se transformó rápidamente en un movimiento de masas. Emerson, Thoreau, Whitman, Longfellow, Melville, habían apoyado el movimiento de Garrison. John Greenleaf Whittier hizo de la lucha antiesclavista el tema central de sus poesías. Los famosos predicadores e intelectuales protestantes Theodore Parker y William Ellery Channing pusieron el púlpito al servicio de esa causa. Antes de 1850 se habían formado en el país unas dos mil asociaciones antiesclavistas con más de 200.000 inscriptos. La cuestión de la esclavitud fue llevada al Congreso en 1846, con una enmienda introducida por el representante Wilmot que establecía que en los territorios conquistados a México no debía permitirse la esclavitud. Lincoln apoyó la enmienda de Wilmot; sin embargo, el presidente Polk logró evitar un enfrenta-



1

1. Lincoln. Fotografía de M. Brady, 1860. Colec. Frederick Hill Meserve.

En la página 12

1. Jefferson Davis. National Archives.

2. El anuncio de la secesión en un diario de Carolina del Sur. Nueva York, Biblioteca pública, Reserve Division.

miento y fue en 1850, cuando gobernaba en la Casa Blanca el general Taylor, que la discusión cobró intensidad. El líder de los sudistas fue John C. Calhoun, sin lugar a dudas el más grande pensador político de los estados meridionales y uno de los hombres de estado americano más notable de la primera mitad del siglo XIX.

Nacido y criado en Carolina del Sur, su vida estuvo íntegramente dedicada a la política y fue uno de los primeros en comprender que a medida que la nación crecía se iban creando unidades regionales con intereses contrastantes. Las tendencias al usufructo y a la opresión estaban, para Calhoun, implícitas en la naturaleza humana y en la estructura social. Así como en la sociedad, los ricos viven invariablemente del trabajo de los pobres, así en una nación como los Estados Unidos, a menos que se hallaran especiales mecanismos de defensa las regiones más potentes oprimirían y disfrutarían de las más débiles. Por largo tiempo se había intentado equilibrar el enorme poder comercial del Norte industrial con una alianza política entre el Sur y el Oeste; pero cuando la falta de cooperación de otros hombres de estado meridionales, tornó imposible esa alianza, Calhoun intentó convencer a los industriales y a todos los otros conservadores del norte para que prestaran mayor atención a las exigencias del Sur y crearan una alianza de clase con los plantadores meridionales. "Los intereses de los señores del Norte y los del Sur son idénticos" escribió a Josiah Quincy. Finalmente propuso usar la fuerza política del Sur, donde la esclavitud no creaba conflictos entre capital y trabajo, como elemento de equilibrio en el Congreso para contener a la agitación obrera. Solicitaba, a cambio de ello que los grupos capitalistas del Norte, imitando a los ingleses, pensaran en conquistar los mercados extranjeros uniéndose a los plantadores sureños, quienes encontraban que la tasa de las tarifas aduaneras les quitaba el provecho de su trabajo.

Al no lograr que sus esquemas de defensa fueran aceptados, Calhoun se volvió cada vez más pesimista sobre la posibilidad de proteger los intereses de su región. Además, la creación de nuevos estados pondría al Sur en una condición de creciente inferioridad.

Por esto y para intentar una salida, proclamó la necesidad de un frente unido del Sur, que llegara a una clarificación definitiva en resguardo de los derechos meridionales, una solución que protegiese —incluso en el futuro— los intereses del Sur. En su último discurso —que fue leído por otros pues él se hallaba moribundo—, Calhoun sostuvo que el equilibrio entre las varias regiones de la Unión estaba ya roto porque "el Sur ya no tenía los medios adecuados para sostenerse contra las usurpaciones y las opresiones"; describió cómo el Norte había disfrutado y oprimido siempre al Sur, hizo la lista de todos los signos que denotaban el

relajamiento de los lazos dentro de la Unión, repitió que el Congreso no tenía el derecho de prohibir la esclavitud en los nuevos territorios ya que los esclavos eran propiedad protegida por la "Common Law" y concluyó afirmando que la unidad nacional sólo podría ser salvada si se concedían al Sur iguales derechos sobre los territorios occidentales, y se introducían modificaciones a la Constitución que dieran al Sur el poder de autodefensa que poseía antes de la ruptura del equilibrio.

En realidad, Calhoun pedía la creación de un doble ejecutivo, de dos presidentes; es decir, uno que representase a la mayoría y otro a la minoría; cada uno, tendría el poder de veto sobre los actos del Congreso y ninguna ley sería puesta en vigencia sin la aprobación de ambos. Este era un modo concreto de realizar una verdadera igualdad —que le era tan querida— en medio de esa "mayoría concurrente".

Era esta la doctrina que Calhoun había intentado desarrollar a lo largo de toda su carrera y que había teorizado con mayor profundidad en *Disquisiciones sobre el Gobierno*, su obra póstuma que le ha asegurado un lugar en la historia del pensamiento político. Sostenía que el sistema de las mayorías no asegura la igualdad civil de las minorías y su libertad. En reemplazo de la mayoría numérica debe crearse un gobierno para toda la comunidad, es decir un gobierno en el que estén representados, no sólo los ciudadanos —o sea los individuos—, sino también los principales intereses económicos y la unidad geográfica y funcional del país; un sistema político y constitucional en el cual puedan ser defendidos "los diversos intereses, órdenes, clases, grupos, y en el que todos los conflictos y disidencias puedan ser evitados". Y este gobierno debería estar compuesto tanto por la minoría como por la mayoría.

La propuesta de Calhoun era perfectamente lógica y partía de una interpretación extremadamente pesimista y profética de las condiciones reales del país.

Pero el Congreso mostró más interés en un programa de compromiso, doctrinariamente menos coherente y dirigido más bien a resolver los problemas inmediatos, que a crear un mecanismo capaz de afrontar los futuros con mayor coherencia doctrinal. Su autor era Henry Clay, otro de los grandes parlamentarios de aquel decenio turbulento. Clay había tenido ya una actuación destacada en el concilio del Norte con el Sur del año 1820, y, nuevamente en 1833, propuso —a favor del Norte— que California fuera inmediatamente admitida como estado sin esclavos y que en el distrito de Columbia, donde se hallaba la capital, fuese prohibida permanentemente la compra-venta de esclavos. En favor de los hombres del Sur propuso que se promulgara una ley más severa que la existente que prohibiera la fuga de los esclavos y que se abstuvieran de tomar decisiones en favor o en contra de la esclavitud en los territorios tomados a México.

Pese a la desesperada oposición de Calhoun, que murió antes de que finalizara el debate, el compromiso fue aceptado y al igual que millones de otros americanos, Lincoln se sintió aliviado, al ver que la tensión disminuía y el peligro de una secesión parecía desaparecer.

Sin embargo pronto fue obvio que había mucho menos de qué alegrarse de cuanto Lincoln y muchos de sus coetáneos pensaban. La unidad nacional se tornaba cada vez más ficticia. La evolución del país había siempre originado dos modos de vida, dos economías, dos mundos diversos. El deber de los políticos debía haber sido entonces, no sólo mantener ligados a los estados que permitían la esclavitud con aquellos que así no lo hacían, sino algo mucho más difícil: encontrar una forma que permitiera mantener dentro de un mismo cuerpo político a ciudadanos que por diversidad de experiencias y de intereses, tenían una multiplicidad de puntos de vista y de actitudes. A medida que la nación crecía se hacía necesario estrechar los lazos efectivos y los puntos de entendimiento, no disminuírlos. Pero las instituciones que hubieran debido combatir las fuerzas disidentes y guiar al país hacia una unidad más perfecta se debilitaban y se resquebrajaban. Esta secesión aparece muy temprano, con toda su dramaticidad en las iglesias que, más que ningún otro organismo social, hubieran debido actuar como elemento cohesivo de la sociedad.

En 1845 los protestantes sureños de las tres Iglesias mayores: baptista, metodista y episcopal, se habían ya separado de sus cofrades septentrionales a causa de la esclavitud; y el cisma, en la otra poderosa iglesia protestante —la presbiteriana—, era todavía más antiguo y profundo.

La división real existente entre el Norte y el Sur era sólo enmascarada por un documento como el compromiso de 1850. Las polémicas que causó, las profundas heridas que creó, los resentimientos que originó entre los políticos más extremistas, tuvieron en breve tiempo efectos desastrosos sobre la autoridad del Estado, la vida de los partidos nacionales y sobre la calidad de los hombres elegidos para ser presidentes y para guiar la suerte de la nación.

En efecto, para todos los efectos prácticos, el partido whig fue destruído por el compromiso de 1850 y el mecanismo del sistema bipartito, ya en crisis desde hacía tiempo, entró en un período de parálisis casi completa. El partido whig no se distinguió jamás por su fuerza organizativa. Surgido para contraponerse a Andrew Jackson, su fuerza demagógica y su inclinación a la organización capilar, el partido whig había condenado siempre el excesivo espíritu de facción y se había considerado una asociación de caballeros patriotas que ponían los intereses nacionales más allá de ésta o aquella facción. En verdad el partido whig se convertía cada vez más, en el organismo a través del cual los portavoces de los mayores intereses comerciales e industriales del Norte podían sentarse alrededor de la misma mesa con los representantes de los terratenientes de los estados sureños y de los estados asociados con un espíritu de mutua tolerancia y respeto para lograr acuerdos de conjunto sobre los mayores problemas nacionales. El congreso del partido de 1852 demostró que la unidad era ya un recuerdo del pasado.

Los antiesclavistas dieron la candidatura al general Winfield Scott; los whigs de la corriente de los "Free Soilers" (partidarios de la tierra libre) realizaron otro congreso y condenaron el compromiso presentando otro candidato que era contrario a cualquier extensión geográfica de la esclavitud. Los whigs del Sur coincidieron con el partido democrático que ahora parecía conquistar todas las características de único partido nacional. Pero, la disgregación del partido whig más que vigorizar al partido demócrata reforzó los numerosos otros grupos políticos menores. Además de los abolicionistas que no constituyeron jamás un verdadero partido, existían en los Estados Unidos los "Free Soilers" y con ellos los que aun siendo adversos a la esclavitud no llegaban a proponer su abolición pero deseaban impedir su expansión en los nuevos territorios, los "Know-nothings", los miembros de organizaciones secretas semiclandestinas, contrarios a los inmigrantes que en ciertos estados como Nueva York eran una verdadera potencia, democráticos independientes, abstemios y otros grupos menores. Se agregó a éstos en 1854 el partido republicano, que en breve tiempo serviría como punto de reencuentro a muchos ciudadanos privados de una organización nacional que les inspirase confianza. Pero antes que el partido demócrata se encontrara con la concurrencia del partido republicano, se revelaría que su vitalidad era más aparente que real.

Ningún partido puede a la larga prosperar en un país irremediablemente dividido. En efecto, la nueva legislatura reveló cuan irremediablemente estaba abandonado el país al flujo de las pasiones, y agravó al mismo tiempo la crisis al aprobar la creación de dos nuevos territorios: Nebraska y Kansas, e intentar desentenderse del problema de la esclavitud, al decidir que, desde entonces no serían las cámaras del Congreso, sino los habitantes de los nuevos territorios quienes permitirían o no la presencia de esclavos.

Lincoln contra la esclavitud

La aprobación de esta ley desencadenó en todo el país la indignación de centenares de miles de ciudadanos. Uno de ellos se sintió "sacudido como no le había ocurrido jamás": era Abraham Lincoln.

Lincoln no había sido hasta entonces un abolicionista fanático. Según ciertos biógrafos sentimentalistas, la primera reacción

violenta de Lincoln contra la esclavitud la habría tenido cuando, durante su segundo viaje a Nueva Orleans, vio en un mercado, a una bella joven mulata en venta; "para Lincoln fue como si una punta de hierro le penetrase en el corazón", recordó John Hanks 35 años más tarde. El episodio es seguramente apócrifo porque Hanks no llegó hasta Nueva Orleans y Lincoln no habló nunca de ese incidente. La primera vez que manifestó sus ideas fue, cuando a los 28 años presentó, en la asamblea parlamentaria de Illinois una moción en la que decía que "era necesario recordar que la institución de la esclavitud estaba fundada sobre bases injustas y políticamente erradas, pero que la difusión de las doctrinas abolicionistas sólo podían hacer crecer y no disminuir el mal."

Esta moción representa bien la posición de Lincoln en los años precedentes a 1854. Fue plenamente desarrollada en una carta de 1845 en vísperas a ser electo para el Congreso federal. "Sostengo como un altísimo deber hacia la Unión y acaso hacia la libertad misma (aunque pueda parecer paradójico) que nosotros que estamos en estados libres, debamos dejar subsistir la esclavitud sólo en los otros estados, y por otra parte creo que no debemos nunca actuar de manera directa o indirecta, para impedir que la esclavitud se extinga naturalmente o para que encuentre nuevos lugares donde sobrevivir cuando no lo pueda hacer más en los viejos".

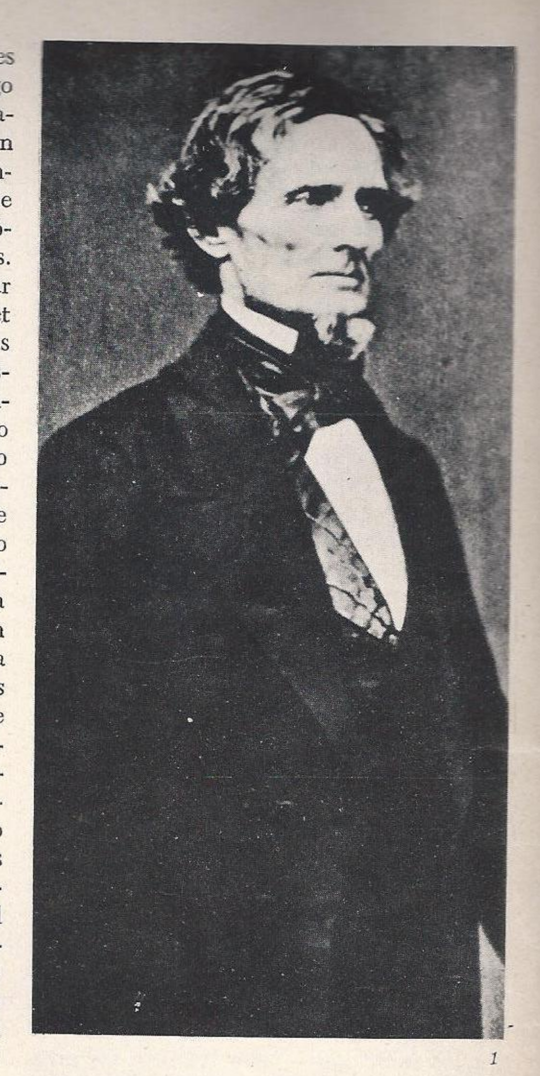
Lincoln por lo tanto consideraba a la esclavitud como "una mala política" y como una injusticia, pero no creía que fuera posible hacer nada mejor que restringirla a las áreas en las que estaba profundamente enraizada. En 1849 hizo un gesto concreto a favor del abolicionismo cuando presentó en el Congreso una propuesta para la creación de una comisión que formulase las leyes para abolir la esclavitud en el distrito de Columbia. Pero en el mismo proyecto de ley, Lincoln reclamaba que la autoridad municipal de la capital adoptase medidas activas para capturar y restituir a sus dueños, a los esclavos fugitivos.

Hasta la aprobación de la "Kansas-Nebraska Act", Lincoln permaneció sustancialmente en la posición moderada de los whig. Pero la propuesta de basar los reglamentos, ya no sobre el compromiso de Missouri sino sobre las decisiones de los patrones, llevó a Lincoln a una posición completamente distinta.

La nueva ley propuesta y patrocinada por Stephen Douglas, desde hacía años adversario directo de Lincoln, estaba basada en una total insensibilidad moral, porque hacía aparecer como moralmente indiferente a una institución intrínsecamente inmoral. Efectivamente, los fundamentos de Douglas derivaban del materialismo teorizado por muchos "filósofos" franceses y americanos del siglo precedente: "Cada vez que un territorio tenga un suelo, clima y productos tales por los que sea del interés de sus habitantes explotar las propiedades con esclavos, aquéllos aprobarán un código esclavista y lo apoyarán. Si por el contrario el clima, el suelo y los productos son tales que hacen mas desventajosa que conveniente la esclavitud, no la permitirán. Se vuelve exactamente al principio de los dólares y de los centavos" decía Douglas. Lincoln jamás se había dejado subyugar por los filósofos. En el Kansas-Nebraska Act vio un acto político de personas dispuestas a enterrar completamente el patrimonio espiritual de la Declaración de la Independencia y decidió que ese era el momento preciso para reintegrarse a la política. "Yo no puedo sino odiar la declarada indiferencia de la Kansas-Nebraska Act porque me parece un medio muy efectivo y poco disimulado para la difusión de la esclavitud. La odio por la monstruosa injusticia de la esclavitud misma", decía Lincoln en la tarde del 4 de octubre de 1854 en la sala de la Cámara de los representantes de Springfield, llena hasta la sofocación de gente llegada a la pequeña ciudad con motivo de la gran feria. "La odio porque impide, a través del ejemplo de nuestra república, influir sobre el mundo con sentido justo, porque ofrece a los enemigos de las instituciones libres la posibilidad de callarse justificando su hipocresía, por lo cual los verdaderos amigos de la libertad dudarán de nuestra sinceridad; y sobre todo porque empuja a muchos buenos de entre nosotros hacia una guerra abierta hasta con los principios fundamentales de la libertad civil."

Una vez denunciada públicamente la esclavitud, Lincoln puso en claro que no reprobaba a los sudistas. "Ellos son lo que exactamente seríamos nosotros en su situación. No les reprocho porque no hacen lo que yo tampoco sabría hacer. Si me fueren dados todos los poderes de esas tierras no sabría qué hacer respecto a esta institución... El primer impulso sería el de libertar a todos los esclavos y mandarlos a Liberia o a sus tierras nativas... o podrían ser liberados y retenidos entre nosotros como seres inferiores; pero, ¿implicaría esto una mejora? Y después de liberarlos, considerarlos política y socialmente iguales a nosotros. Pero mi ánimo no puede admitirlo y aunque yo lo admitiese sabemos bien que los sentimientos de una gran masa de blancos no lo permitiría... Pero todo esto no justifica para nada la tentativa de extender la esclavitud a los territorios ahora libres, de manera que permita recomenzar el comercio de esclavos con África. Según el senador Douglas, si un territorio permite la esclavitud o no, es del todo indiferente, tanto como si un campesino siembra sus tierras con tabaco o cría vacas con cuernos.

"Sea que uno considere esto como correcto o erróneo, es cierto que la mayoría de la humanidad no comparte este punto de vista. La mayor parte de la humanidad la considera un mal moral enorme y esta con-


1

CHARLESTON

MERCURY

EXTRA:

Passed unanimously at 1.15 o'clock, P. M., December 20th, 1860.

AN ORDINANCE

To dissolve the Union between the State of South Carolina and other States united with her under the compact entitled "The Constitution of the United States of America."

We, the People of the State of South Carolina, in Convention assembled, do declare and ordain, and it is hereby declared and ordained,

That the Ordinance adopted by us in Convention, on the twenty-third day of May, in the year of our Lord one thousand seven hundred and eighty-eight, whereby the Constitution of the United States of America was ratified, and also, all Acts and parts of Acts of the General Assembly of this State, ratifying amendments of the said Constitution, are hereby repealed; and that the union now subsisting between South Carolina and other States, under the name of "The United States of America," is hereby dissolved.

THE

UNION

IS

DISSOLVED!

2

vicción tiene su fundamento en el sentido humano de la justicia y esto no se puede considerar una simpleza. Ningún hombre político puede ser prescindente.

"La esclavitud reside en el egoísmo de la naturaleza humana, mientras que la oposición a ella se funda en el amor a la justicia. Estos principios están en antagonismo eterno y cuando chocan entre sí de una manera tan violenta como sucede al extenderse la esclavitud, deben producirse conmociones, subversiones y convulsiones sin fin. Abolid el compromiso de Missouri, abolid todos los compromisos, abolid la Declaración de la Independencia, abolid toda la historia pasada; no podréis, sin embargo, abolir la naturaleza humana. Del corazón del hombre se elevará el sentimiento de que el expandirse la esclavitud es injusto y a causa de esa efusión del corazón la boca seguirá hablando."

En la parte final de su discurso invitaba a los hombres de buena voluntad a encontrar un punto de entendimiento que salvara la unidad del país.

"Estad con cualquiera que esté en lo justo. Estad con él cuando tenga razón y separáos de él cuando no la tenga. Estad con los abolicionistas cuando quieren reponer el tratado de Missouri y contra ellos cuando intentan abrogar las leyes sobre los esclavos fugitivos. En ambos casos tendréis razón, entre ambos casos permaneced en el justo término medio, matened la nave constantemente en la ruta justa y en equilibrio.

"En ambos casos estad por la nación y nada más que por la nación. Desertar de causa semejante, por temor de encontrarse en compañía de los abolicionistas, significa ser menos que whig, menos que un hombre, menos que un americano."

Lincoln sería presidente menos de seis años después de este discurso. Pero en él puede verse ya que había logrado poner en claro, por un lado, los principios absolutos; por el otro, los problemas tácticos que la crisis imponía en el plano de la política y en el liderazgo nacional.

En efecto, si primero el presidente Franklyn Pierce y luego su sucesor, James Buchanan hubieran demostrado una comprensión tan madura del equilibrio entre las exigencias ideales y los intereses de los distintos sectores dentro del dinamismo del sistema federal y hubieran asegurado con suficiente vigor la primacía de la autoridad federal y de los principios que representaba, probablemente todavía hubiera podido evitarse la guerra civil.

En los seis años que transcurren entre 1854 y 1860, Lincoln intentó dos veces hacerse elegir senador; pero en el choque de las múltiples fuerzas políticas representadas en la asamblea parlamentaria de Illinois, a la que correspondía designar, en elecciones de segundo grado, a los senadores federales, Lincoln fue las dos veces derrotado. Su fama, sin embargo, crecía de año en año.

La batalla electoral

En todo este período Lincoln intentó crearse una base electoral que contando, incluso, con el apoyo de los abolicionistas no le enajenase la mayoría de los electores que aborrecían a los negros. Los pioneros de ciertas regiones eran contrarios a la esclavitud, no porque desearan conceder a los negros igualdad de derechos, sino porque no querían tener en su zona ningún negro, ni esclavo ni libre. Incluso, el partido republicano, organizado sólo a comienzos de 1854, estaba compuesto en su mayoría por personas que no querían vivir rodeadas por muchedumbres de negros y mucho menos tenerlos como iguales en las urnas electorales o en el mercado de trabajo. Pero abolicionistas y negrófobos podían encontrarse —fuera del Sur— de acuerdo sobre un tema, el de la "tierra libre". Los nuevos territorios debían mantenerse abiertos sólo a los hombres libres, porque una vez permitido que la esclavitud se extendiese más allá del Sur, agricultores y operarios se encontrarían, en el trabajo, en concurrencia con los esclavos o, por añadidura, reducidos ellos mismos a la esclavitud.

Contribuyó mucho a dar vigor y persuasión a esta campaña tan fundamental la aparición de un libro titulado *La sociología del Sur, o la quiebra de la sociedad libre*. Su autor era el abogado George Fitzhugh (1806-1881), un descendiente de la aristocracia de Virginia, que durante la presidencia de Buchanan desempeñó cargos menores en el ministerio de Justicia, pero que se hizo famoso por los artículos, conferencias y libros que escribió para justificar la esclavitud y el sistema social vigente en los estados del Sur. Sus escritos eran también conocidos en el Norte, ya que en aquellos años fue invitado a hablar en las universidades de Harvard y de Yale y durante su visita a Boston —bastión del abolicionismo— tuvo ocasión de encontrarse con Harriet Beecher Stowe, la escritora que con *La cabaña del tío Tom* había hecho, quizá más que cualquier otro publicista, poeta o novelista para movilizar a la gente contra la esclavitud.

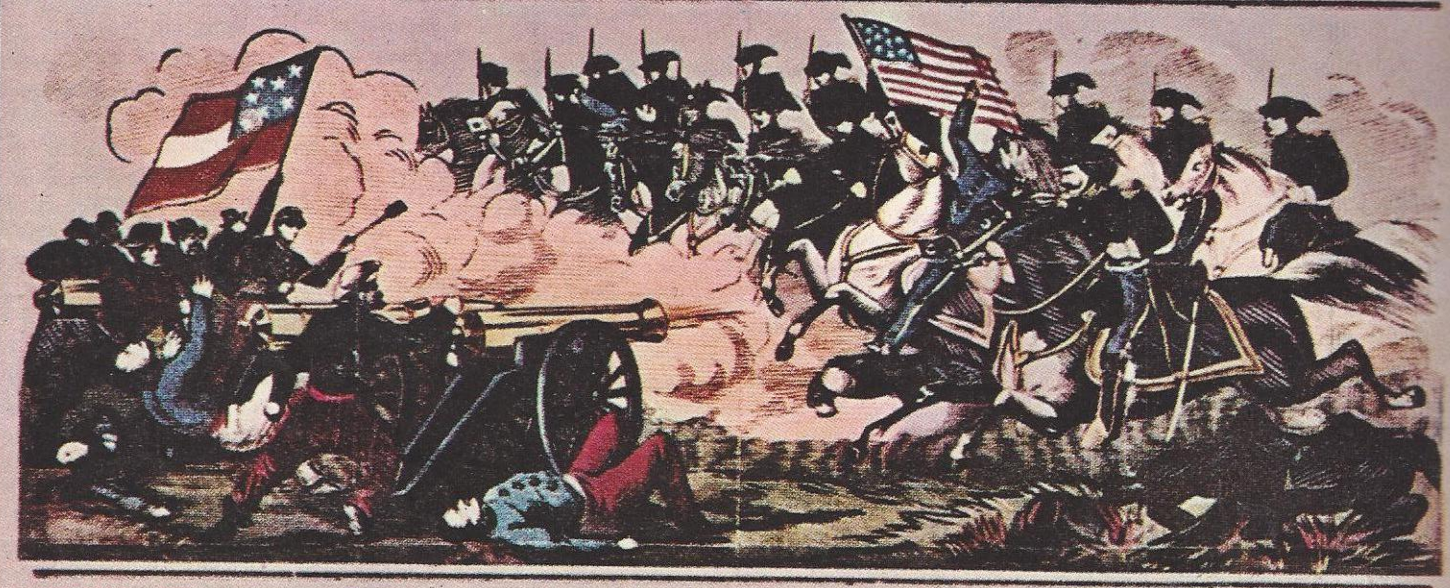
Siguiendo el curso de la herencia intelectual y política de Calhoun, en *Sociología del Sur*, Fitzhug sostenía que la verdadera esclavitud era la del capitalismo y la revolución industrial. En efecto, en el Norte el tratamiento de los trabajadores blancos era brutal, las condiciones de vida desesperantes y el ambiente en el que se vivía, vergonzoso. En cambio, en el Sur, los negros recibían un tratamiento suave y paternal, y cuando se alcanzara a considerar sus inclinaciones y recursos mentales, resultaría todavía más generoso y humano. Adam Smith había teorizado sobre la libertad y la prosperidad, generalizando lo que observara entre los pocos que recogían los beneficios de la revolución industrial, pero la verdad es que todo el trabajo iba a parar a manos del gran capital; por ello, la esclavitud representaba la mejor condición de trabajo y la conclusión lógica de la evolución histórica, a menos que se quisiera terminar en la anarquía completa, propia de las bestias salvajes.

Las ideas de Fitzhug, tomadas y desarrolladas en algunos periódicos sureños, fueron suficientemente conocidas como para impulsar a los republicanos a publicar, durante la campaña electoral de 1856, un opúsculo titulado: *La nueva doctrina de los demócratas: la esclavitud no está reservada a los negros, debe transformarse en la condición general de las clases trabajadoras*.

Los escritos de George Fitzhug y los editoriales inspirados por ellos, dieron a Lincoln la posibilidad de atacar en forma polémica a los políticos sureños y a sus aliados, sin tener la obligación de proclamarse abolicionista. Le permitían también presentar al electorado sus ideas sobre la dignidad del trabajo, las relaciones entre este último y el capital y el papel político de los trabajadores en el conjunto de la sociedad americana. Durante toda su vida Lincoln defendió los derechos del trabajo. "Dado que la mayor parte de los bienes es producida por el trabajo, debe afirmarse que el derecho sobre los bienes pertenece a los que los han producido", decía Lincoln en 1847. En otras ocasiones, Lincoln aseveró que el trabajo era superior al capital y que merecía la máxima consideración. En 1860, dirigiéndose en Hartford a los calceteros en huelga, Lincoln dijo: "Me satisface ver que en Nueva Inglaterra prevalece un sistema de trabajo bajo el cual los trabajadores pueden hacer huelga cuando lo desean, donde no están obligados a hacer su propio trabajo en cualquier condición y donde no están constreñidos a trabajar, se les pague o no!" Sin embargo, Lincoln no proponía sistemas de redistribución de la riqueza, ni mucho menos esquemas socialistas de control sobre la economía.

Al gobierno le corresponde realizar mejoras públicas y ayudar a la iniciativa privada. "Es un intento legítimo del gobierno realizar para una comunidad de personas todo aquello que necesitan que se haga y que no pueden hacer por sí mismas o que no pueden hacer solos." Pero el sistema social mejor es aquel que se basa en la afirmación individual. "Yo no creo en una ley que prohiba a los hombres hacerse ricos, podría acarrear más mal que bien. Así, mientras no proponemos guerra al capital, auspiciamos que incluso al hombre más humilde le sea dada la posibilidad de enriquecerse. La sociedad libre es para quien se inicia en la pobreza, como ocurre con los más en la lucha por la existencia, aquélla en la que sabe que podrá mejorar su propia condición; en la que no están fijadas las condiciones de trabajo para toda la vida. Lincoln había visto, a menudo, hombres que iniciaban su vida como braceros o changadores, dependientes o mecánicos y que llegaban a ser comerciantes, abogados, propietarios de tierra. "Tras de nosotros no

SPRAGUE LIGHT CAVALRY!



NOW IS THE TIME TO JOIN THE BEST CORPS IN THE FIELD!

This New and Splendid Regiment is being organized at PLATTSBURGH, N. Y., under the immediate supervision of

Adj't Gen. Sprague,

OF THIS STATE, WHOSE NAME THE REGIMENT BEARS.

Highest Bounties paid Promptly.

The Colonel has carefully inspected the Barracks, and pronounces them the finest and most comfortable in the State. Neat Rooms, well warmed, properly lighted, and good clean beds; furnished to all Recruits immediately on their arrival.

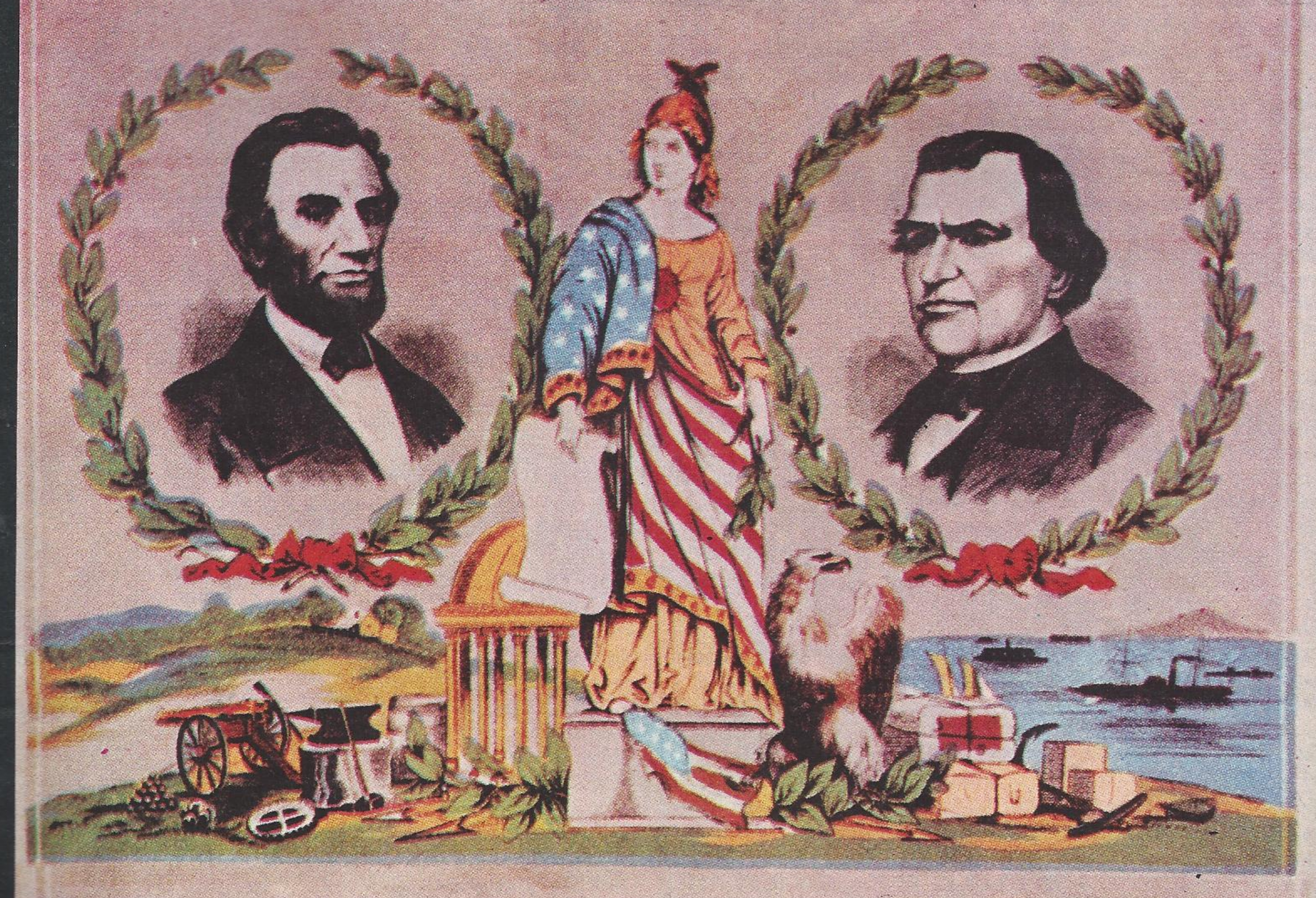
Men allowed to furnish their own Horses

IF IN GOOD CONDITION AND FITTED FOR SERVICE.

ALL RECRUITS UNIFORMED IMMEDIATELY ON ARRIVAL AT CAMP.

The renowned and popular CAPTAIN LOT CHAMBERLAIN, the leading mover of this organization, has the Contract for subsisting the same. The simple fact of his having subsisted Three Regiments prior to this is sufficient assurance that the men will be well fed and properly cared for.

SPENCER H. OLMSTED, Col. Commanding.


UNION NOMINATION
FOR PRESIDENT,
Abraham Lincoln
OF ILLINOIS.
FOR VICE PRESIDENT,
Andrew Johnson
OF TENNESSEE.

existe una clase de trabajadores asalariados —dijo en un discurso en Cincinnati—; veinticinco años atrás yo era un asalariado. El asalariado de ayer trabaja hoy por su propia cuenta y pagará mañana a otro para que trabaje por él. El progreso, el mejoramiento de las condiciones, está en el ordenamiento de las cosas en una sociedad de iguales."

Salido en buena parte de un mundo artesanal donde prevalecían todavía las lecciones de Locke y de Jefferson que afirmaban que los trabajadores no podían ser separados de los instrumentos de trabajo, y que era su derecho poseer lo que producían, Lincoln aspiraba a una sociedad equilibrada donde estuviera naturalmente recompensada la iniciativa, la parsimonia y la voluntad de trabajo. Lo poco que había visto del desarrollo industrial no le parecía contrario a su fe en la iniciativa individual ni le hacía dudar que del juego de las fuerzas libres podría emerger el sano equilibrio auspiciado por él. Si no hubiese muerto cuando todavía la industrialización estaba transformando radicalmente el país, y el capitalismo industrial y financiero comenzaba a obstaculizar el camino a los humildes, Lincoln hubiera debido, obviamente, reexaminar sus ideas sobre la relación del capital con el trabajo y sobre el papel de la libre iniciativa en una sociedad sana. Hubiera sido necesario para él, reexaminar también sus lazos con el Partido Republicano, transformado en siervo e instrumento de una clase hegemónica.

Las raíces de la oposición entre el Norte y el Sur

Pero entre los años 1855 y 1860 eran otros los problemas más urgentes. De mes en mes se hacía cada vez más claro que la esclavitud era sólo una de las causas de la división entre el Norte y el Sur. No eran dos expresiones geográficas solamente; adquirían cada vez más la fisonomía de dos sociedades radicalmente distintas y de dos modos de vida antagónicos. En la primera mitad del siglo, el Norte se había convertido notoriamente en industrial y comercial, el Sur en agrícola. El Norte era favorable a las tasas aduaneras para la protección de su joven industria; el Sur, que dependía de los mercados extranjeros y de los bienes de consumo que debía importar, era netamente contrario a las mismas. Los del Norte favorecían un sistema monetario central, los sureños preferían dejar la política crediticia a los bancos de varios estados de la Unión. El Norte, que ya conocía los beneficios y los males del urbanismo y de la industrialización, deseaba construir caminos y canales, diques y otros grandes trabajos públicos financiados por fondos gubernamentales, mientras el Sur era indiferente o contrario a ellos. Ensayados los beneficios de una agricultura mecanizada, el Norte promovía la marcha hacia el Oeste distribuyendo las tierras nacionales a los pioneros a precios bajísimos e incluso gratuitamente. El Sur, quería vender mucho más lentamente y a precios más altos. En la base de todo este contraste se percibía, por una parte, una sociedad capitalista y en expansión, en la búsqueda de capitales, ansiosa de atraer desde todas partes del mundo un flujo continuo de mano de obra y de la otra, una sociedad siempre víctima de su propio atraso e incapaz de salir del círculo vicioso que la mantenía en retardo respecto del resto del país. Para comprender el desequilibrio creciente entre ambas regiones y para comprender también cómo este estado de atraso se hizo casi crónico después de la guerra civil, será necesario detenerse brevemente a examinar el origen del estancamiento y las raíces endémicas del atraso del Sur.

El destino del Sur quedó signado cuando en 1612, John Rolfe logró cultivar tabaco en Virginia. Desde aquel momento, en todas las zonas aptas del Sur se desarrolló una agricultura de monocultivo basada en la mano de obra esclava. Esto no quiere decir que toda la agricultura meridional estuviera basada en la esclavitud. Sobre seis millones de blancos que en 1850 vivían en los estados meridionales sólo 347.725 poseían un cierto número de esclavos y sólo 3000 ó 4000 familias de grandes plantadores de azúcar, algodón y arroz tenían cada una algunas centenas. Pero debiendo depender esencialmente de un único cultivo y de una mano de obra ineficaz, la agricultura meridional era escasamente rentable y proporcionalmente lo fue todavía menos cuando no empleó —como en el Oeste y en el Norte— las maquinarias y los fertilizantes surgidos de la revolución industrial. Además, limitado su poder de adquisición, la economía sureña no estaba en condiciones de promover y sostener un surgimiento industrial. Aquellos que intentaron radicar industrias en el Sur, descubrieron bien pronto que no podían contar con un mercado suficientemente amplio y vigoroso como para hacer posible una rápida expansión. Los costos se elevaban demasiado como para competir con las empresas del Norte. Sin una industria bastante poderosa como para promover la urbanización, una diversificación en grande de la agricultura era impensable, y así el Sur quedó a un nivel de desarrollo bajo en extremo. ¿En qué medida contribuyeron a aumentar las diferencias con las provincias occidentales y septentrionales, los prejuicios de una clase dirigente privada de espíritu de iniciativa e inclinada a soñar con recrear la aristocracia de los siglos pasados? Es difícil establecerlo. Sin embargo, el hecho es que también los productos agrícolas eran comercializados por "mercaderes" y "factores" que los compraban al por mayor, hacían préstamos e importaban los bienes de consumo. El provecho que no quedaba en manos de estos intermediarios, o de los comerciantes e industriales del Norte, era destinado, en buena parte, a financiar los gastos improductivos de la aristocracia de

1. Fort Sumter después del bombardeo del 14 de abril de 1861. National Archives.

2. Batalla de Fort Donelson.

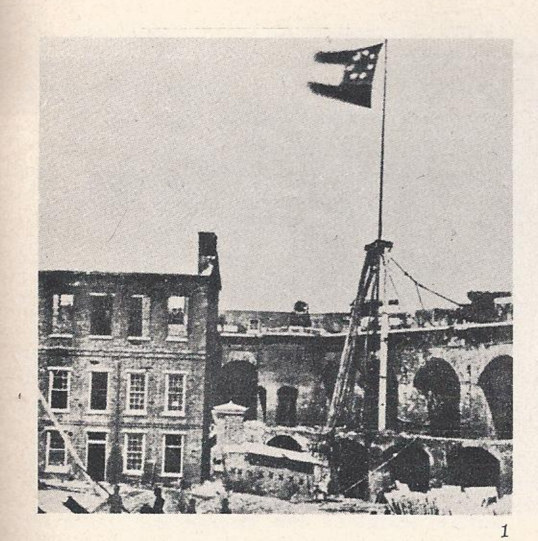
3. Batalla de Bull Run. Washington, Biblioteca del Congreso.

4. Lincoln visita el cuartel general de George Mc Clellan en Antietam. Washington, Biblioteca del Congreso.

En las páginas centrales.

1. Convocatoria de enrolamiento para el ejército federal.

2. Manifiesto para las elecciones de 1864. Nueva York, Historical Society.



1



2



3

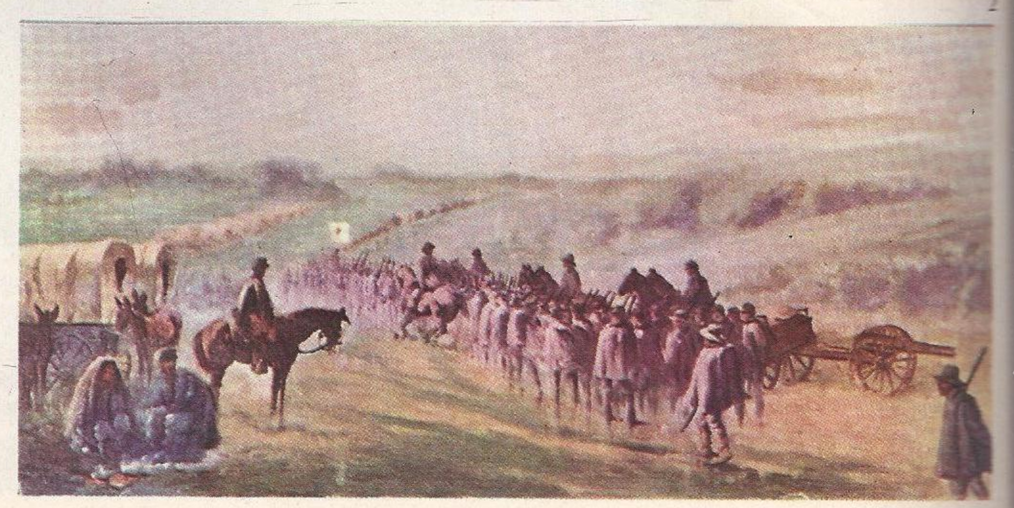
4



1. *Vista de Charleston, de C. W. Chapman, 1863-64. Confederate Museum.*

2. *Batalla de Vicksburg. Acuarela anónima. Boston, Museo de Bellas Artes.*

3. *El avance de las tropas federales después de Gettysburg, en una pintura de E. Forbes. Washington, Biblioteca del Congreso.*



los plantadores. No faltó quienes, en el Sur, trataron de demostrar que el sistema económico basado en la esclavitud empobrecía la región y la relegaba perpetuamente a la retaguardia del progreso económico y social; pero en el último decenio, antes de que estallara la guerra civil, aquella zona se convirtió, en todos los sentidos, en una sociedad cerrada, con un cuerpo político orgánico que no toleraba desacuerdos, debates, polémicas ni disidencias. Sobre todo después de la muerte de los grandes hombres de estado como Henry Clay, John Calhoun y Daniel Webster, que estaban ligados por una amistad suficiente como para superar las divisiones partidistas y lograr un compromiso en nombre de la unidad nacional; los salones del Congreso vieron más de una vez a esclavistas y antiesclavistas disputar hasta llegar a las manos. En 1856 el senador Charles Summer, de Massachusetts, fue apaleado con tal violencia —en la sala— por el representante Preston Brooks, por una discordia antiesclavista, que quedó inválido por tres años y medio. Y por este gesto ignominioso Brooks se transformó en un héroe para la población de Carolina del Sur. En 1857 tuvieron lugar dos acontecimientos que agravaron considerablemente el divorcio entre el Norte y el Sur. En una sentencia relativa a un esclavo fugitivo, Dred Scott, la Corte Suprema estableció que en cuanto era un ser inferior y negro no tenía el derecho de recurrir a los tribunales federales y no gozaba de los otros derechos garantidos por la Constitución y que un esclavo no podía llegar a ser libre basándose en el compromiso de Missouri porque éste era un documento anticonstitucional. Republicanos, "Free Soilers" y abolicionistas se dieron cuenta de que la Corte Suprema daba preeminencia al derecho de propiedad sobre los derechos humanos, como había pedido Calhoun, y que en caso que no se encontrara la manera de hacer cambiar a los jueces, no existirían instrumentos legales para contener la esclavitud. Además de la crisis constitucional precipitada por la sentencia del juez Taney, se estaba ante una pavorosa recesión debida a la inflación, a un exceso de crédito, a una especulación en inmuebles y a la guerra europea. Fue en ese clima tormentoso que se desenvolvió la campaña electoral de 1858, con Lincoln como candidato para el Senado por el partido republicano, y Douglas, que formaba ya parte del Senado, como candidato demócrata. Éste consintió en participar en una serie de debates que fueron publicados íntegramente por los más grandes periódicos, y así Douglas concitó la atención de millones de norteamericanos sobre Lincoln, su personalidad, su lógica estricta, su humorismo, su fuerza moral.

Después de John Brown

Pero hubo un acontecimiento que cegó a los sureños y los convenció de que el Norte quería eliminar la esclavitud y destruir las bases de su economía y su sistema de vida: fue el atraco de John Brown y de sus 18 secuaces al arsenal federal de Harper's Ferry, en Virginia, el 16 de octubre de 1859. Brown era un abolicionista fanático y desequilibrado que ya otras veces había hecho irrupción en tierras del Sur y había liberado esclavos, pero para Harper's Ferry había soñado con un motín armado. Pero no fue así. Herido en el combate, terminó procesado y ahorcado junto con seis de sus compañeros. Moderados como Douglas, Steward, Lincoln, condenaron su gesto, pero para los abolicionistas como Emerson y Thoreau pasó a ser el Ángel de la Luz, el mártir de la libertad. El himno "John Brown's Body", que se inspiró en su gesta, pasó a ser el canto más popular de las fuerzas norteñas. Para muchos sureños, su expedición, auspiciada y financiada por los abolicionistas, constituía la mejor prueba de la mala fe del Norte.

Después de la crisis del partido whig, el cáncer de la descomposición atacaba ahora al partido demócrata.

Convencido el senador Douglas de que, sin el apoyo de los demócratas moderados del Norte, su partido perdería las elecciones de 1860, buscaba desesperadamente reducir la influencia de los líderes sureños. Pese a que había favorecido la anulación del compromiso de Missouri, Douglas sostenía que la sentencia de la Corte Suprema, en el caso Scott podía ser invalidada mediante leyes locales contrarias a la esclavitud. Los portavoces del extremismo del Sur, entre ellos Jefferson Davis, no sólo querían mantener la sentencia sino que insistían vivamente para que el Congreso federal aprobase nuevas leyes para proteger, y, en su momento, extender la esclavitud hacia todos lados.

La oposición que produjeron las agrias discusiones en el Congreso, tuvo consecuencias desastrosas para la Convención del partido demócrata convocada en Charleston, en abril de 1860. Los extremistas trataron de introducir, en el programa, cláusulas sobre la esclavitud y cuando la mayoría de los delegados rechazó esta propuesta, los delegados de Alabama, seguidos por los de Carolina del Sur y los de otros estados, abandonaron la sala. Los demócratas regulares debieron reunirse nuevamente el 23 de junio en Baltimore, donde nombraron candidato al senador Douglas; los sureños tuvieron su congreso en Richmond, una semana más tarde. Mientras tanto, los republicanos, reunidos en Chicago, nombraron como su portabandera a Abraham Lincoln; y una coalición de whigs conservadores, de Know-nothings y de partidarios de otros grupos menores, formaron el partido de la Unión Constitucional.

Con tantos partidos en pugna no fue difícil para Lincoln vencer. Resultó electo con 1.866.432 votos, Douglas tuvo 1.375.197, el candidato secesionista Breckinridge 845.000 y Bell 589.000. Si todos aquellos que votaron por candidatos no republicanos lo hubieran hecho por un solo hombre, éste hubiera tenido un millón de votos más que Lincoln, pero Lincoln hubiera sido de todas maneras presidente.

En efecto, en la elección presidencial en sí Lincoln obtuvo 180 votos, Douglas 12, Breckinridge 72 y Bell 39. Esto indica que en todos los estados, excepción hecha de los del Sur, Lincoln venció por márgenes limitados o casi insignificantes, mientras los otros candidatos obtuvieron votos en los estados sureños, donde nadie sufragó por Lincoln.

La secesión de los estados del Sur

Los meses que corrieron entre noviembre de 1860 y marzo de 1861, fecha en la que Lincoln asumió el cargo de presidente, fueron decisivos. El gabinete del incompetente presidente Buchanan fue entonces presa de la anarquía; el secretario del tesoro presentó su renuncia el 2 de diciembre; el secretario de Estado, el 12; el secretario de Guerra dejó el gobierno el 29, antes que alguno pensara en acusarlo de fraude y traición. Pero ya antes de la partida de John Floyd los Estados de Norteamérica habían dejado de estar unidos. La elección de Lincoln, considerado el candidato más peligroso para la supervivencia de la esclavitud, empujó a los sectores más extremistas de Carolina del Sur a separarse del resto del país.

El voto fatal se dio el 20 de diciembre, y en seis semanas sucesivas siguieron el ejemplo en asambleas especialmente convocadas, los Estados de Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas. El 3 de febrero se reunieron en Montgomery —Alabama— los representantes de los siete Estados separados, quienes, en los cinco días sucesivos decidieron constituir los Estados Confederados de América, y nombraron a Jefferson Davis presidente provisorio y a Alexander Stephens, vicepresidente.

Este gesto desesperado derivaba evidentemente, más de las pasiones políticas, de las que ahora era preso por completo el Sur, que de una evaluación serena de la situación. En efecto, si Lincoln había sido siempre contrario a extender la esclavitud, en cambio había dicho innumerables veces, que era antiabolicionista. En todo caso una vez hecho presidente no hubiera podido ignorar a la mayoría de la Corte Suprema, claramente contraria a cualquier cambio, ni a las tendencias del Congreso ni las inclinaciones de los miembros de las dos Cámaras y de las legislaturas de varios Estados, quienes estaban aún más determinados en bloquear cualquier tentativa del presidente de agitar la Corte Suprema con una enmienda de la Constitución. Pero no eran tiempos propicios para razonar. Antes de que Lincoln pudiera hacerse cargo, los secesionistas se habían apoderado en diversos estados de numerosas propiedades federales. En las largas semanas precedentes al 4 de marzo, Lincoln tuvo tiempo, no sólo de elegir su gabinete, sino también de

1. Grant fotografiado en City Point, Virginia, durante el asedio de Petersburg.

2. Lee fotografiado en Richmond en 1864.

3. George B. Mc Clellan. National Archives.

4. Sherman fotografiado en 1864.

5. Philip H. Sheridan. Washington, Biblioteca del Congreso.



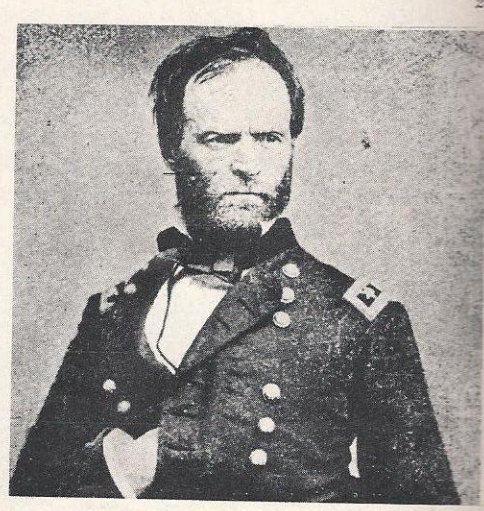
1



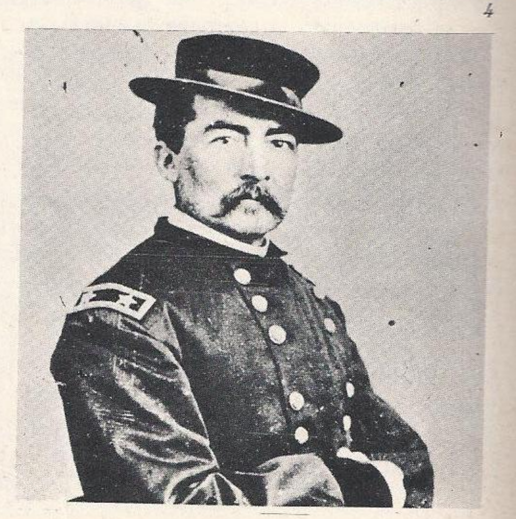
2



3



4



5

pensar en la estrategia a utilizar frente a la crisis. Como puso bien en claro el nuevo presidente en su discurso inaugural, aceptar la tesis de los sureños sobre el derecho de los varios estados de abandonar la Unión era impensable: "La Unión es perpetua", decía. Pero si bien empeñado por convicción y por juramento a mantener la Unión y a proteger, custodiar y defender la Constitución, no quería tomar la iniciativa de comenzar una guerra. "El gobierno no os quiere atacar, decía a los estados secesionistas. No tendréis guerra si no sois vosotros mismos los agresores."

En el Sur, sin embargo, había fuertes federales que las tropas confederadas no habían conquistado todavía, y que no hubieran podido resistir mucho sin nuevos refuerzos. Renunciar a reforzarlos hubiera sido un reconocimiento de la legitimidad de la rebelión. El 29 de marzo dio orden a los ministros de Guerra y Marina de preparar una expedición de ayuda a los asediados del fuerte Sumter. El presidente hizo, a su vez, notificar al gobernador de Carolina del Sur que se trataba de socorrer a los hombres a las órdenes del mayor Robert Anderson sólo con provisiones, y que "si la tentativa no era obstaculizada, no se trataría en modo alguno de introducir hombres, armas o municiones, sin ulterior notificación, a no ser que el fuerte fuera atacado".

Estalla la guerra civil

Antes de que la flota se aproximara a Charleston, los confederados dieron un ultimatum a los defensores del Sumter, y cuando Anderson rehusó rendirse, a las 4.30 del 12 de abril abrieron fuego contra el fuerte. Así se declaró la guerra, y Lincoln pudo ya decretar la leva de la población de los estados no meridionales, presentando a los sureños no sólo como secesionistas sino como agresores. La reacción típica del americano medio fue aquélla de Ulisse Grant, quien más tarde llegaría a ser comandante en jefe de todas las fuerzas del gobierno federal y presidente, pero que en abril de 1861 era sólo un dependiente de tienda. Para lograr que recibiera alguna educación, dadas las condiciones miserables de la familia, su padre indujo a Ulisse a entrar en la Academia Militar de West Point. Carente de especiales disposiciones para el estudio y menos todavía para la vida militar, transcurridos algunos años de vida miserable en ejército. Ulisse Grant se había establecido en Illinois, donde penosamente ganaba su propia vida, con su mujer y su bandada de hijos, trabajando en una tienda de pieles. Ulisse no se ocupó nunca de política. La única vez que había votado, lo había hecho contra un general que conocía y no deseaba ver electo. Nunca había sentido simpatía por los esclavos. Pero la secesión y la revuelta armada eran otra cosa; ofendían su mentalidad de buen ciudadano, más aún, injuriaban y negaban la idea sacrosanta que se respiraba en el clima de la democracia jacksoniana: la unidad era la única cosa que no se podía poner en juego. Aquel que dos años más tarde debería emerger como uno de los más grandes generales de Lincoln y uno de los más grandes estrategas de todos los tiempos, se enroló en seguida como voluntario, como lo hicieron otros por decenas de miles.

Ni el presidente Lincoln, ni los jefes sureños, ni prácticamente ningún otro, pensaba en la primavera de 1861 que el conflicto duraría más de cuatro años, causaría más de medio millón de muertos, un número mucho mayor de heridos y dejaría regiones enteras devastadas completamente. Mirando hoy la situación tal como se presentaba, al principio de la guerra, la derrota del Sur parece inevitable. El desequilibrio de las fuerzas entre ambas partes era, de hecho, muy grande.

Sobre 31 millones de habitantes, el Norte tenía más de 20, mientras que el Sur contaba sólo con 10 millones y medio, y de éstos sólo 7 eran blancos y los otros tres millones y medio esclavos. Además, al comenzar la guerra, el Sur contaba sólo con un establecimiento en condiciones de producir armas y armamentos pesados, mientras el Norte poseía un sistema industrial imponente para la época, casi toda la red ferroviaria entonces existente, y el completo dominio del mar.

A medida que transcurría el tiempo, el desequilibrio demográfico aumentó, ya que al Norte continuaban afluyendo los inmigrantes de la Europa del Norte, mientras que el Sur sólo podía apoyarse en sus reservas cada vez más pequeñas. Dada esta evidente inferioridad, ¿por qué los sureños provocaron el conflicto?

Ante todo, los jefes sureños se ilusionaron creyendo que el conflicto podía durar poco y que las abundantes armas y municiones provenientes de los arsenales, de los que se habían adueñado, les alcanzaría; más tarde, debieron reabastecerse de armas y municiones a incluso de uniformes, en el extranjero. Como exponentes de una sociedad que despreciaba el sistema capitalista, la revolución industrial y el urbanismo, los líderes secesionistas subestimaron la importancia de un sistema industrial en un conflicto moderno. Los sureños pensaron, en efecto, que tenían más calidad militar y que podían apoyarse en el mayor entusiasmo de los combatientes, ya que éstos, evidentemente, peleaban en defensa de sus tierras, mientras que los *yankees* tenían espíritu de tenderos y escaso ánimo combativo. "Lincoln puede lanzar en contra nuestra sus 75.000 hombres —gritaba Alexander Stephens—, nosotros combatimos por nuestras casas, nuestros padres, nuestras madres, por las esposas, hermanos, hermanas, hijos hijas!... Nosotros podemos enrolar un millón de hombres si es necesario, y caídos éstos, podemos llamar a otro y aún otro, hasta que el último hombre del Sur repose en su fosa ensangrentada."

Indudablemente, al comienzo el Sur estaba mejor preparado que el Norte. Los líderes secesionistas habían previsto la posibilidad de un conflicto, y habían reunido material bélico y tropas. Además, la Confederación podía contar con cuadros mucho más calificados y numerosos. En el Norte, donde abundaban las posibilidades de hacer otras carreras, los militares dejaban el ejército para dedicarse a otras actividades; los sureños en cambio, seguían en proporción más alta la carrera militar.

Desde el comienzo la Confederación meridional contó con hombres como Robert E. Lee, sin duda el mejor general de América, y uno de los más grandes jefes militares de todos los tiempos; Albert Sidney Johnson, Peter T. Beauregard, Joseph Johnston, Thomas J. Jackson, apodado Muro de Piedra; J. E. B. Stuard, James Longstreet y A. P. Hill, y numerosos otros entre los mejores oficiales salidos de West Point. La inferioridad de los jefes militares del Norte llegó a ser fuente de preocupación para Lincoln durante buena parte de la guerra. Serían necesarias páginas y páginas para describir todas las difíciles relaciones entre el presidente y los jefes, y los continuos cambios que se vio obligado a hacer para superar las deficiencias de su Estado Mayor y de sus varios comandantes. Lincoln estudió manuales de arte militar y se hizo un experto en estrategia. Sólo en la última fase de la guerra pudo contar con jefes hábiles como Ulisse Grant, George H. Thomas y William Sherman.

Los problemas que Lincoln debía resolver no se limitaban a la creación de un ejército. Una vez que logró responsabilizar a los sureños de haber iniciado la guerra fratricida, los problemas políticos internos estaban muy lejos de ser resueltos. Varios estados y territorios que se encontraban entre el Norte y el Sur (aquellas mismas regiones que luego se denominaron "estados tapón", Delaware, Maryland, Kentucky, West Virginia, Tennessee, Kansas y la parte meridional de Illinois, Ohio e Indiana) eran muy inseguros. Lincoln debía evitar ante todo el tomar cualquier iniciativa que empujase a estos territorios a unirse al Sur, tal como esperaban los secesionistas; por el contrario, debía disipar todas las incertidumbres y dudas y hacerlos entrar decididamente en las filas de la Unión.

No menos delicado y decisivo podría ser el comportamiento de los países extranjeros, en especial el de Inglaterra donde, sobre todo entre las clases empresarias, los sureños tenían potentes aliados.

Las múltiples y a menudo contrastantes responsabilidades del presidente se habían hecho, incluso, más complicadas por el extraño conglomerado de fuerzas políticas, de personalidades y corrientes de opinión que Lincoln debía tener en cuenta, satisfacer o, al menos, pacificar. El partido republicano, como hemos visto, era un partido joven que detrás de sí, aun en el Norte y en el Oeste, contaba sólo con una minoría de la opinión pública; y ni aun aquellos que mi-

litaban en sus filas estaban de acuerdo sobre la línea política a seguir ni sobre los objetivos a alcanzar. Pero más indispensables que los republicanos, para poder proseguir la guerra civil, y para mantener viva la esperanza de hacer retornar a los secesionistas al seno de la nación, eran los demócratas que habían puesto la unidad nacional por sobre los intereses de partido, los jefes de lo que quedaba del partido whig, los líderes regionales de los grupos moderados como los Free-Soilers.
Prácticamente todos los puestos claves del gabinete estaban efectivamente en manos de personalidades de estos grupos no-republicanos. A medida que la guerra mostraba su rostro pavoroso, y el conflicto se hacía cada vez más sangriento, más largo y costoso, Lincoln se veía obligado a prestar atención hasta a los abolicionistas más extremistas y a los "radicales republicanos", y si no estaba dispuesto a llevar a cabo sus pedidos, que demandaban medidas extremas contra los rebeldes y gestos demagógicos, al menos debía evitar ofenderlos.

Las vicisitudes militares y Ulisse Grant

Desde el punto de vista militar, el primer año fue el más difícil para la Unión. Mientras generales y políticos soñaban con planes que les garantizarían rápidas y brillantes victorias, la capital vivía en el terror de ser ocupada por las fuerzas secesionistas y en los campos de batalla los jefes norteños no lograban obtener ni una pequeña victoria que elevara la moral de los soldados y alimentara el entusiasmo del pueblo.
Mientras el bloqueo naval obstaculizaba el comercio de la Confederación, la manera más segura de comenzar la destrucción de las fuerzas secesionistas era dividir en dos el territorio, obteniendo el control del río Mississippi y su desembocadura.
Ulisse Grant dio el primer paso en este sentido, en setiembre de 1861, al conquistar por sorpresa la ciudad fortificada de Paducah. En febrero atacó uno después de otro, los dos fuertes condeferados sobre el Tennessee —Fort Henry y Fort Donelson— y los conquistó capturando 16.000 prisioneros y haciendo tambalear toda la línea de defensa meridional de la Confederación en el Medio Oeste. En el mes de abril, el almirante Farragut destrozó la fortificación de Nueva Orleans y conquistó este puerto estratégico. En los meses sucesivos flotillas de asalto se apoderaron de la isla fortificada n. 10 y conquistaron la ciudad de Memphis, donde destruyeron una flota confederada.
Pero la batalla que alteró radicalmente el curso de la guerra, sobre la base de un genial plan de Grant, e infligió un golpe mortal al ejército de la Confederación, fue el asedio y la conquista de la plaza fuerte de Vicksburg.
La ciudad de Vicksburg era considerada inexpugnable. Alta, sobre el inmenso río, eran inatacable desde el agua. La protegían al norte los pantanos, lagos y bosques de la depresión creada por las aguas del río Yazoo, que tanto habían hecho sufrir a las tropas del general Sherman. Sólo por el sur y por el este era posible atacarla eficazmente, pero para ello era necesario atravesar el Mississippi y entrar en territorio enemigo, renunciando a cualquier sistema eficaz de refuerzos. Esto era considerado en 1863 una locura. Pero poco después que el general Sherman había intentado inútilmente atacar la plaza fuerte del norte, después que la marina no había logrado dañar seriamente las fortificaciones disparando desde el río, después que la esperanza de cambiar el curso del Mississippi, construyendo un inmenso canal, se reveló como una utopía vana, Grant decidió tentar lo imposible. Ordenó a sus tropas acuartelarse en Memphis y marchar entre el Mississippi y el Yazoo hasta el codo de Milleken. Desde allí, a bordo de chalupas, las tropas pasaron a la orilla occidental y marcharon hacia el sur de Vicksburg, hasta el punto llamado Grand Gulf. Mientras el comandante de la plaza fuerte rechazaba un ataque de las tropas de Sherman por el Norte, que aparentaba ser el comienzo de una nueva ofensiva, Grant atravesaba el Mississippi. Sus 20.000 hombres entraron así en territorio enemigo, y se enfrentaron no sólo con los 30.000 de la guarnición, puesto que no lejos estaba el ejército de Joseph E. Johnston, a quien Grant consideraba el más genial y peligroso adversario y el mejor general del Sur. Sin embargo, Grant no estaba alarmado; había descubierto que su arma secreta era la iniciativa. Para aumentar al máximo la movilidad de sus tropas había reducido al mínimo el aprovisionamiento; para la comida, el alojamiento y los medios de transporte sus tropas debían "arreglarse" usando los recursos que encontraran sobre la marcha. Él mismo no había llevado ni capote, ni frazada, ni caballo, ni camisa de recambio. El aislamiento en el territorio enemigo impedía a los superiores de Grant arruinarle sus planes ordenándole cautela. Así, el 1º de mayo, un día después del desembarco, Grant efectuó el primer ataque por sorpresa; en los siguientes dieciocho días sus hombres marcharon más de 300 kilómetros, combatieron en cinco batallas, conquistaron por sorpresa el nudo ferroviario de Jackson, hicieron ocho mil prisioneros, se apoderaron de 80 cañones, desbarataron un ejército más poderoso que el propio y pusieron sitio a Vicksburg. Después de haber intentado ataques frontales, Grant decidió sitiar la fortaleza por hambre. En efecto, la rendición de 30.000 de los mejores soldados del ejército sureño se produjo el 4 de julio, aniversario de la independencia nacional, después que los soldados y la población se vieron reducidos a comer ratas.
Nadie comprendía la extraordinaria conquista de Vicksburg tanto como el comandante de las fuerzas armadas de la Confederación. Algunos meses antes, el general Robert E. Lee había informado al presidente Jefferson Davis que en el momento en que las fuerzas armadas del Norte lograran dividir los Estados separatistas, a uno y otro lado del Mississippi, los estados atlánticos del Sur, no podrían resistir solos. Lee comprendía que una vez conquistado el pleno control del Mississippi, los ejércitos norteños podrían intentar apoderarse de los principales nudos ferroviarios del Sur, sembrando la devastación y la muerte. Tratarían también de caer sobre los centros urbanos más importantes para dividir posteriormente el territorio y poco a poco, incorporar las fuerzas armadas del mismo bajo sus órdenes.
Justamente, para reducir el efecto de una posible victoria de Grant en Vicksburg, a comienzos de julio, Lee desencadenó una ofensiva contra el Norte y pasando a lo largo de Washington llevó directamente a las tropas bajo sus órdenes hacia Pennslyvania. El 1º de julio, tres días antes que los combatientes de Vicksburg alzasen la bandera blanca, en Gettysburg comenzaba el más imponente y decisivo encuentro de toda la guerra. En tres días los confederados perdieron 28.000 hombres y los federales 23.000. Menos hábil que Grant, el general Meade no siguió los consejos de Lincoln de no dar tregua al enemigo, y Lee consiguió sustraer al ímpetu de sus enemigos lo que quedaba de su ejército. Evidentemente, si el Sur no hubiese estado en las manos de fanáticos desesperados y ciegos, la guerra hubiera terminado el 4 de julio de 1863. En realidad duró todavía dos años.

Lincoln proclama la abolición de la esclavitud

Si Vicksburg y Gettysburg fueron las dos batallas decisivas, el acontecimiento político más importante de aquellos años es, sin lugar a dudas, la emancipación de los esclavos, aprobada por el gabinete el 22 de setiembre de 1862 y proclamada oficialmente el 1º de enero de 1863. Hasta entonces, el conflicto podía considerarse un acto de insubordinación y de rebelión, y en teoría al menos, podía ser resuelto dentro del equilibrio tradicional de la sociedad americana. Desde ese momento, la guerra se transformó en una revolución social. Porque tenía realmente carácter revolucionario esa decisión, Lincoln vaciló largamente antes de tomarla, y aun cuando cedió a las presiones, buscó mantenerla, en la medida de lo posible, dentro del contexto de las medidas extraordinarias de guerra. Como tantos otros acontecimientos considerados piedras angulares de la marcha de la civilización, la emancipación de los esclavos en América del Norte estuvo lejos de ser decidida de manera entusiasta; lo fue por otros motivos, que muy poco tienen que ver con la importancia ética de dicho acto. Como lo hemos visto, Lincoln no había sido nunca abolicionista. Apenas llegado a la presidencia, en su discurso inaugural repitió que combatía contra aquellos que querían destruir la Unión, pero aseguró que la esclavitud no sería combatida en los es-

tados donde estaba establecida. Todavía en 1862, en una carta al director –abolicionista– del "New York Tribune", Horace Greeley, que había acusado a Lincoln de sostener una concesión "absurda e inútil", intentando apaciguar una rebelión mientras se sostenía el mal que la causaba, el presidente le recordó que lo era de todos los Estados Unidos y no sólo de los septentrionales, y le recordó además que, según su parecer, todo debía estar subordinado a la causa de la Unión. "Mi cuidado primero en esta lucha es salvar la Unión, no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar a la Unión sin liberar un solo esclavo así lo haría; y si pudiera salvarla liberando algunos y dejando en su condición a los otros, así lo haría también. Lo que hago respecto de la esclavitud y de las gentes de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar a la Unión. Y lo que evito, lo evito porque entiendo que no serviría para salvar a la Unión. Haré lo menos que pueda de aquello que estimo que es perjudicial a la causa y haré lo más que pueda de aquello que estoy convencido que ayudará a la Unión. Corregiré los errores cuando se haya demostrado que lo son, y adoptaré nuevas ideas apenas se me hayan demostrado como verdaderas."

En verdad, en agosto de 1862, el presidente Lincoln estaba convencido de que las exigencias de la guerra le imponían hacer algo rápidamente en favor de la emancipación de los esclavos. El 22 de julio había sorprendido y asustado a los miembros de su gabinete, leyendo una proclama que declaraba libres a todos los esclavos de los estados rebeldes. Fue aconsejado entonces que, dadas las recientes dificultades, sería más prudente esperar hasta que la situación militar mejorase, antes de anunciar públicamente aquella resolución. Después de la victoria de las tropas norteñas del 17 de setiembre en Antietam, Lincoln dio un nuevo texto que, aprobado por el gabinete el día 22, apareció en todos los diarios el siguiente 23.

El contenido de esta proclama no tenía por cierto las características de un gran gesto revolucionario, puesto que declaraba libres a los esclavos de los estados rebeldes, sobre los cuales el presidente no tenía una autoridad efectiva, pero excluía a los territorios ocupados por las tropas unionistas; vale decir, la única región en donde la emancipación podía ser aplicada. No obstante no fue fácil para Lincoln proponer lo que sólo era un gesto simbólico. Cuando en mayo de 1861 el general "Ben" Butler liberó a los negros escapados de Virginia, ya que devolverlos a sus patrones del Sur hubiera sido practicar contrabando con el enemigo, Lincoln se enfureció. E incluso cuando le llegó la noticia, tres meses más tarde, de que el general Frémont, comprometido en un grave combate en Missouri, había declarado la ley marcial y proclamado libres a todos los esclavos cuyos patrones se oponían a los Estados Unidos, el pre-

SURRENDER OF GEN. LEE!

"The Year of Jubilee has come! Let all the People Rejoice!"

200 GUNS WILL BE FIRED

On the Campus Martius,

AT 3 O'CLOCK TO-DAY, APRIL 10,

To Celebrate the Victories of our Armies.

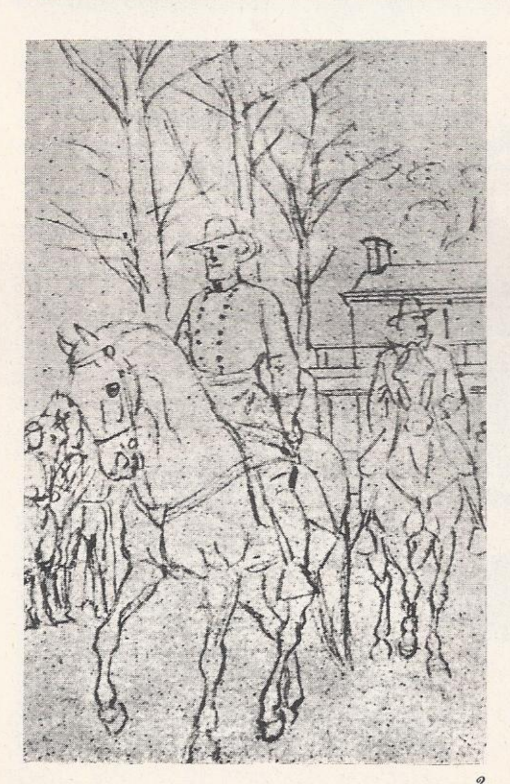
Every Man, Woman and Child is hereby ordered to be on hand prepared to Sing and Rejoice. The crowd are expected to join in singing Patriotic Songs.

ALL PLACES OF BUSINESS MUST BE CLOSED AT 2 O'CLOCK.

Hurrah for Grant and his noble Army.

By Order of the People.

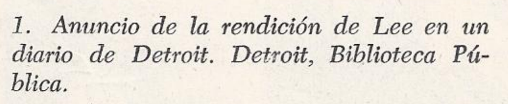
1



2



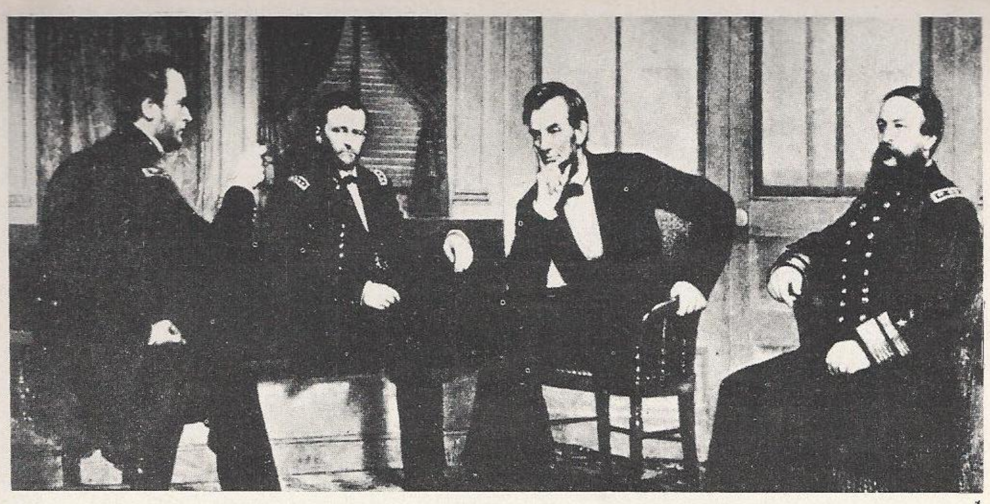
3

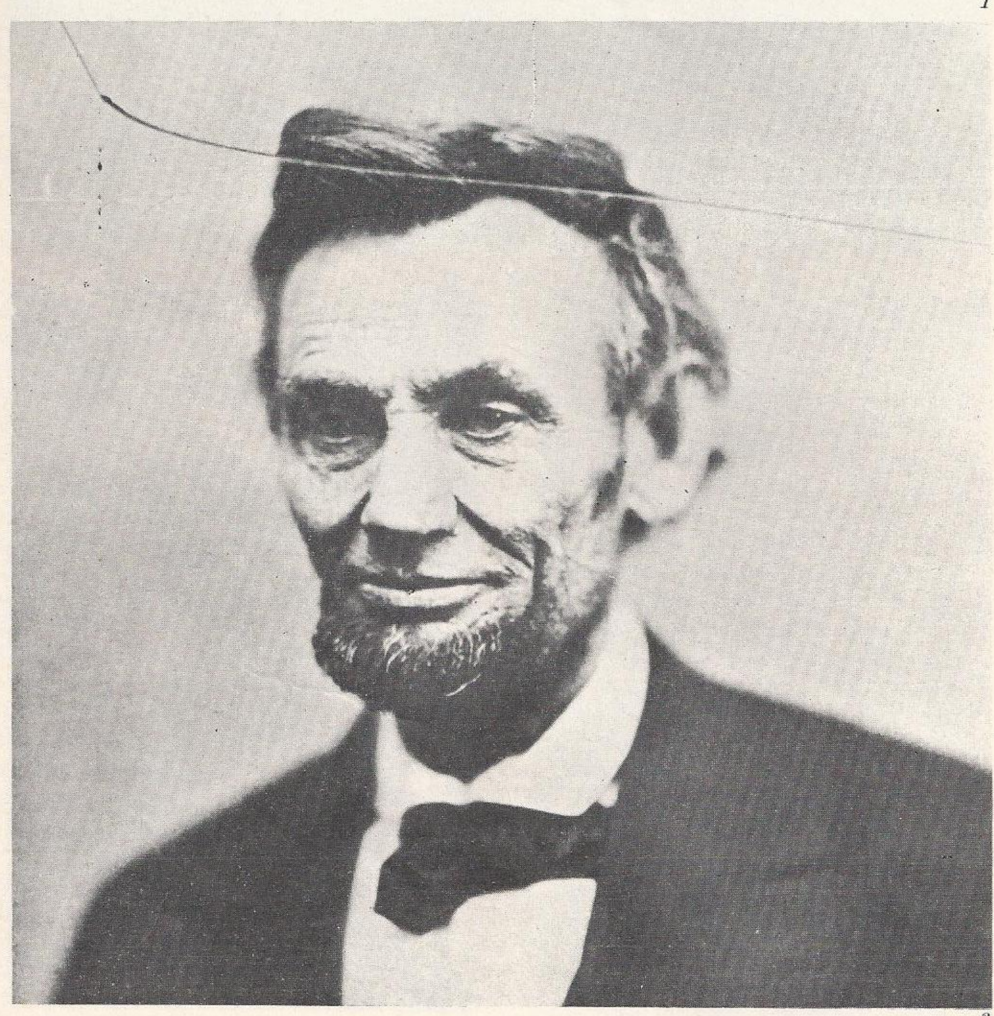


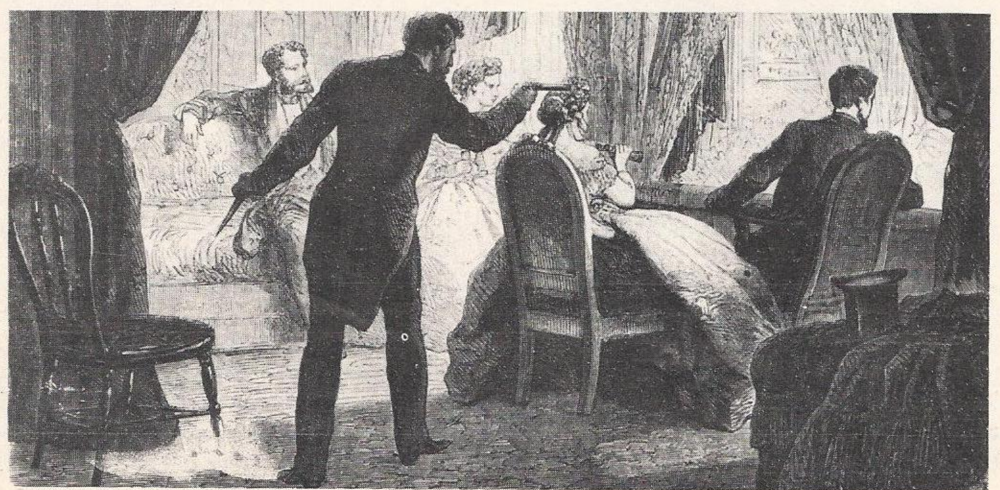
1. Anuncio de la rendición de Lee en un diario de Detroit. Detroit, Biblioteca Pública.

2. Robert E. Lee abandona la MacLean House de Potomac, después de rendirse ante Grant. Washington, Biblioteca del Congreso.

3. Desfile de las tropas de la Unión en la avenida Pennsylvania de Washington, en mayo de 1865. Washington, Biblioteca del Congreso.







1. Sherman, Grant, Lincoln y el almirante Porter, en un cuadro de G. P. Healy en la Casa Blanca.

2. Última fotografía de Lincoln.

3. Asesinato del presidente Lincoln.

sidente se había apresurado a anular la proclama. Lo mismo sucedió más tarde cuando el general David Hunter declaró libres a los esclavos de Georgia, Florida y Carolina del Norte.

La actitud extremadamente cauta de Lincoln derivaba, en gran parte, de su deseo de no alienarse los Estados de Maryland, Delaware, Kentucky y Missouri, que había costado mucho mantener en el campo norteño y que no querían formar parte de una cruzada antiesclavista. Pero más allá de estas consideraciones tácticas, la cautela de Lincoln derivaba de su sentido práctico y de su hábito de enlazar el presente y el futuro. Independientemente del problema de los tres millones y medio de negros, sin ningún techo en el que dormir y sin comida segura, la emancipación arruinaría por años la economía del Sur, alterando radicalmente su sociedad. Lincoln nunca olvidaba que los Estados de la Confederación formaban parte de la misma Unión de la cual era presidente y que un día retornarían a formar parte de ella. En vista de ese retorno era necesario limitar al mínimo los daños permanentes del conflicto y no agravar más de lo necesario los problemas gigantescos de la posguerra. El deseo de no paralizar irremediablemente al Sur por decenios era en él tan fuerte, que durante varios meses ensayó persuadir al Congreso de aceptar una ley que compensase a los propietarios de los esclavos que se ponían en libertad.

Pero finalmente, sobre todo frente al escaso progreso que los ejércitos de la Unión habían hecho hasta aquel momento, las exigencias militares y diplomáticas de la guerra se impusieron. Se esperaba, en efecto, que en el plano militar la emancipación pusiese en crisis la economía del Sur y empujase a muchos negros a boicotearla, y más aún, a causar conmociones. Si las consecuencias militares de la emancipación fueron casi nulas, muy diferentes fueron sus efectos en el plano internacional. El entusiasmo que suscitó entre los "liberales" y las clases trabajadoras de Inglaterra y de otros países eliminó para siempre el peligro de una alianza de los poderosos estados europeos con la Confederación y provocó la pérdida de las últimas esperanzas de los secesionistas.

Guerra total y derrota del Sur

Encerrado el ejército sureño en el Oeste, a lo largo del Mississippi y el Norte, luego de la batalla de Gettysburg y retomada la iniciativa ideológica y diplomática con la emancipación de los esclavos, le pareció claro a Lincoln que había llegado el momento para las fuerzas federales de apuntar directamente al corazón de la Confederación. El general que parecía pensar estratégica y tácticamente con la misma longitud de onda que Lincoln era Grant, quien, luego de Vicksburg, fue nombrado comandante del ejército occidental, y el 1º de marzo de 1864 fue llamado a asumir el comando de todas las fuerzas armadas de la Unión.

La estrategia de Grant era relativamente simple: "localizar al enemigo donde estuviera, reunirlo lo más rápidamente posible, golpearlo con todas las fuerzas disponibles y luego seguir adelante". Después de Vicksburg y de Gettysburg era necesario, según Grant, penetrar como una cuña en el vientre de la Confederación, alcanzando, antes que nada, los principales centros dejados a los sureños y en seguida marchar hacia el Sur, hasta que las fuerzas del adversario estuvieran divididas y las diversas unidades pudieran ser trituradas una a una. El secreto del éxito estaba en atacar constantemente, sin reposo, sin desfallecimientos, sin sentimentalismos. Atacar en todos los frentes, decía Grant al presidente.

Grant hubiera querido llevar la guerra personalmente al centro de la Confederación rebelde, pero creyó su deber encargar esa tarea más atractiva a sus subalternos, mientras él tomaba el comando del ejército del Potomac, terriblemente desmoralizado por ser el único que había sufrido más derrotas que victorias. Durante un año entero Grant atacó incesantemente en Virginia. Fueron encuentros sangrientos más que estrepitosas victorias, pero ya toda la lucha de desgaste era favorable al Norte, dotado de mayor número de hombres y medios. Y mientras tal baño de sangre doblegaba al general Lee y desangraba su ejército —que era sin lugar a dudas el mejor de la Confederación— las tropas de Sherman, de Hooker, de Meade y de los otros generales federales incursionaban por lo estados sureños, descalabrando ejércitos, arrancando vías, sembrando el fuego, la destrucción, el terror y la muerte. Después de un año de este inexorable ataque, no quedaba otra alternativa, para el Sur, que la rendición. Y el domingo de Ramos, vestido con un deslumbrante uniforme nuevo —con espada, banda roja, con todos los grados, distinciones honoríficas y símbolos del comando—, el general Lee se presentaba en la casa de campo de McClean, cerca de Appomattox, y frente al general Grant, que vestía todavía un uniforme sucio de barro y un capote de simple soldado de infantería, acordaban los términos de la rendición.

Lincoln no tuvo ni siquiera tiempo de ver a todos los generales del Sur deponer las armas. El 14 de abril, que era Viernes Santo, se dirigió dos veces al Ministerio de Guerra para saber si las tropas del general Johnston habían capitulado ante el ejército del general Sherman. "La noticia debe de ser inminente porque la noche pasada he soñado con una nave espectral que se dirigía hacia una playa oscura e indefinida", dijo Lincoln al general Grant. "He tenido el mismo sueño antes de otros acontecimientos importantes." La última vez que preguntó por las noticias del general Sherman fue después de la comida, poco antes de salir en carroza para dirigirse al teatro Ford.

Asesinato del presidente

Caía sobre la capital una fina niebla, y las lámparas de gas daban una luz incierta cuando el presidente y su esposa, acompañados por el mayor Rathbone, por su hermanastra Clara Harris y por un agente secreto, atravesaron la entrada del teatro. Había ya comenzado la representación de la comedia *Nuestra prima América*, pero apenas apareció en el palco abanderado la figura alta y delgada del presidente, el público aplaudió con entusiasmo.

El presidente y sus acompañantes se divertían al igual que el agente John F. Parker, quien, en lugar de montar guardia había encontrado un lugar para asistir al espectáculo. Nadie se dio cuenta de que en la puerta del palco presidencial había un agujero y que un pedazo de revestimiento había sido sacado de la pared de ladrillos del corredor. Tampoco nadie había reparado en un hombre moreno que, después de haber mirado atentamente al escenario, le había dado un recado al cochero del presidente, que estaba sentado en el corredor vecino a la puerta del palco presidencial y había entrado en la antecámara. Abrió luego la segunda puerta y disparó un pistoletazo en la sien del presidente, y cuando el mayor Rathbone intentó detenerlo lo hirió con un cuchillo que traía en la otra mano. Luego saltando desde la balaustrada al escenario, desenvolvió un trozo de bandera que había arrancado de la decoración del palco, gritó: "Sic semper tyrannis" y caminando trabajosamente desapareció por la puerta posterior del escenario. En el teatro estalló un pandemonio. Sólo con gran trabajo los soldados pudieron desalojarlo.

El presidente fue llevado a una modesta casa vecina, donde fue extendido diagonalmente en un lecho a causa de su gran altura. Los médicos dijeron que la bala había entrado por la parte posterior de la cabeza hacia el lado izquierdo y se había localizado próxima al ojo derecho. La herida sangraba muy poco, pero el paciente estaba sumamente grave. Entretanto, la noticia del atentado se difundía rápidamente y los miembros del gabinete, los senadores y los representantes que se encontraban en la ciudad se precipitaron a la casa donde Lincoln agonizaba; se corrían voces de que también el secretario de Estado, William Seward y sus dos hijos habían sido víctimas de un atentado. Otros decían que también el vicepresidente Johnson y el general Grant habían sido agredidos. Jamás la noche de un Viernes Santo estuvo en Washington más cargada de terror y de oscuridad. A las siete y veintidós, bajo un cielo cubierto y una lluvia fría y fina, Abraham Lincoln dejó de respirar.

Disparando contra Lincoln y su ministro del exterior, John Wilkes Booth y sus amigos destruían la última esperanza para el Sur de obtener un tratamiento generoso y amplio.

Los Estados Unidos sin Lincoln

Desde hacía un tiempo en el Congreso y en el seno de la administración se pensaba en el día en que los sureños cesaran su resistencia insensata y el país se enfrentara con el problema de la reconstrucción.

La guerra, en efecto, no sólo había derrumbado el sistema político del Sur, también la economía y la sociedad íntegra se veían reducidas a jirones. Unos 260.000 hombres de la Confederación habían perecido en los campos de batalla o por las epidemias originadas por el conflicto. Otros tantos centenares de miles de personas quedaron inválidas. Pero aún más pavorosos fueron los daños ocasionados a la propiedad y al aparato productivo de los estados rebeldes. Los oficiales sureños se habían enrolado con entusiasmo, pensando que era un deporte para aristócratas regulado por un código caballeresco. Pero los generales de Lincoln transformaron el conflicto en guerra total, en la cual participaban no sólo los soldados sino también los campesinos y los obreros de las fábricas; no sólo los cañones y las bayonetas, sino también las vías de ferrocarril, los campos de cereales y de arroz, los mercados y las instalaciones industriales. En su avance habían aplicado inexorablemente la estrategia de la guerra total a los caseríos de la campaña, y a los barrios urbanos de Atlanta, Richmond y Columbia. Cuando la guerra terminó éstos y otros centros habitados no eran menos impresionantes que Berlín en 1945; tampoco los campos estaban en mejores condiciones. Por todos los estados del Sur se podía viajar centenares de kilómetros y encontrar sólo campos incultos, bosques reducidos a cenizas, cultivos y huertos desprovistos de empalizadas y cercas, ruinas de iglesias, de ciudades y de aldeas.

A los daños materiales se sumaba —para el Sur— la pérdida de los esclavos, cuyo trabajo se calculaba en 2 millares de dólares, la quiebra del dólar confederado y la anulación de los bonos del tesoro emitidos para financiar la guerra. Pero la emancipación de tres millones y medio de negros no era sólo una cuestión de contabilidad. Mientras duró el conflicto, los esclavos en general permanecieron con sus dueños, pero cuando llegaron las tropas de ocupación por centenares de miles se fueron detrás de los ejércitos; otros dejaron las plantaciones por las aldeas o ciudades y otros, incluso, simplemente vagaban conmovidos por el placer de ya no estar ligados a la pesada rutina, con la fe infantil de que la libertad les traería automáticamente la solución de todos los problemas, incluido el del pan cotidiano. Y aun cuando sus amos de ayer estaban dispuestos a pagarles un salario, los negros rehusaban, con frecuencia, regresar a su antigua tarea.

A estos problemas urgentes derivados de una sociedad presa del caos, se añadía la apremiante necesidad de tomar algunas decisiones que resolvieran las incógnitas políticas del conflicto. Una vez terminada la guerra, ¿de qué manera debían ser tratados los estados rebeldes y sus ciudadanos? ¿En qué medida los blancos deberían volver a gozar de los derechos constitucionales, sin que ello pusiera en peligro los ideales por los cuales se había combatido y vencido y sin temer volver a ver a los negros reducidos a una condición sólo distinta de la esclavitud en el nombre?

Aun sin tener en sus manos un cuadro detallado de todos los efectos de la guerra, los hombres de estado del Norte, desde hacía tiempo, se ocupaban del problema de la reconstrucción. Eran dos las corrientes de opinión que se habían formado. Una, al frente de la cual estaban los más exigentes y fanáticos abolicionistas y algunos exponentes de las nuevas clases capitalistas, sostenía que con la secesión los estados del Sur habían perdido todos los derechos y que por ello debían ser tratados como territorios de ocupación y de conquista bajo el control del gobierno federal y por tiempo indeterminado. Los límites de cada uno de estos estados debían ser anulados y nuevas entidades administrativas debían ser propuestas para reemplazarlos, a medida que cada región se iba preparando para poder gozar de los derechos de la Constitución.

La otra corriente sostenía, por el contrario, que cualquiera fuesen las sutilezas del derecho constitucional y los crímenes cometidos por los sureños, el interés de la nación —terminado el conflicto— radicaba en incorporar, lo más rápidamente posible, en el seno de la Unión Federal a los estados que se habían excluido de ella. Perdón antes que venganza, debía ser la palabra a emplearse. Lincoln había sido el principal promotor de esta política de reconciliación nacional. En su último discurso, pronunciado sólo cuatro días antes de morir, había dicho: "Nosotros estamos de acuerdo sobre el hecho de que los estados llamados secesionistas no tienen relaciones normales con la Unión y que el único objetivo del gobierno civil y militar respecto de esos estados es el de incorporarlos dentro del ámbito de las normales relaciones prácticas. Yo espero que esto no sólo sea posible, sino que sea más fácil de obtener, si se decide olvidar que estos estados estuvieron alguna vez dentro o fuera de la Unión. Colaboremos todos para hacer las leyes, para restablecer las relaciones justas con estos estados de la Unión." En la reunión del gabinete llevada a cabo en la mañana del crimen, Lincoln declaró estar contento de que la victoria hubiera llegado cuando el Congreso estaba en receso, pues así, en los meses siguientes, le sería posible al gobierno federal y al ejército "reanimar los estados del Sur" y volver a poner en pie el funcionamiento de su sistema político antes que el Congreso tuviera ocasión de intervenir. "Hay miembros del Congreso que nutren sentimientos de odio y de venganza, con los que no simpatizo y que no puedo compartir", dijo Lincoln.

Lincoln intentaba reincorporar rápidamente a los estados del Sur al sistema federal, y al mismo tiempo llevar adelante un imponente programa de educación y de adiestramiento de los negros, para que pudieran en verdad incorporarse gradualmente a aquella igualdad, por el momento sólo reconocida en los papeles. Tal programa consistía en entregar a los negros tierras y escuelas. Después del gesto criminal de Booth, los extremistas tuvieron las manos libres. En vano el presidente Andrew Johnson trató de poner freno a los republicanos extremistas que unían una política de represión del Sur con los intereses de la clase capitalista. Los extremistas tuvieron una ayuda inesperada por parte de sus adversarios sureños cuando casi todos los estados rápidamente readmitidos en el goce del derecho constitucional, aprobaron entre las primeras leyes, el llamado "código negro". Eran leyes especiales para los negros, que hubieran debido sustituir a aquellas que protegían a los esclavos; algunas fueron leyes progresistas, pero todas excluían del voto a los esclavos emancipados.

Las reacciones del Norte fueron violentas. "Nosotros decíamos a los blancos del Estado de Mississippi —escribía, por ejemplo, el "Chicago Tribune"— que los norteños transformarían ese Estado en un charco para renacuajos antes de permitir que cualquier ley de ese género usurpe un solo palmo de tierra en el cual reposan los huesos de nuestros soldados y sobre la cual flamea la bandera de la libertad." Naturalmente es imposible decir que, si Lincoln no hubiera sido asesinado, no hubiera sido aislado por el Congreso, como ocurrió a su sucesor. Pero más allá del extraordinario prestigio de que gozaba por haber guiado a la nación durante los años más trágicos de su historia, Lincoln tenía la gran ventaja, sobre cualquier otro, de comprender con una visión extraordinariamente clara, los problemas de la nación; y la experiencia única de haber vivido los años de conflicto en los que había mostrado una habilidad en el ejercicio de los poderes presidenciales que no se volverá a encontrar hasta Theodore Roosevelt.

La función de Lincoln como "padre de la patria"

Edmund Wilson ha parangonado a Lincoln con Bismarck y con Lenin.

Como Lenin y como Bismarck —dice Wilson— Lincoln era un hombre popular y un solitario. Como Lenin y como Bismarck llevó a su término la consolidación de una de las grandes potencias modernas y estaba convencido de servir a una causa mucho más importante que a sí mismo. Como Lenin y como Bismarck no vaciló en aplastar a una minoría y usó el poder de manera tal, que fue acusado de ser un dictador sanguinario. Debido a este uso del poder —típico del estado moderno, como sucede-

1 Francis B. Carpenter. La familia Lincoln en 1861. Nueva York. Historical Society.



1

ría en Rusia y en Alemania y también en los Estados Unidos— una vez desaparecido Lincoln, muchos de los peores factores potenciales de su política se realizaron de la manera más desagradable.

En el momento de concluir el trazado de un perfil como el presente, resulta imposible explorar a fondo los vínculos dialécticos que pudieron haber existido entre el uso del poder en tiempos de guerra y el ordenamiento que la sociedad americana tomó al término del conflicto. No hay dudas, sin embargo, que ni la elocuencia ni el espíritu de sacrificio de Lincoln, ni los sobrehumanos esfuerzos hechos por la sociedad norteña durante el conflicto, sirvieron para dar una renovada vitalidad moral a la nación. Las generaciones que tomaron parte en la lucha comprendieron más la importancia del espíritu organizativo, que la devoción por las instituciones. Más que la renovada fe en el patrimonio espiritual sobre el que había nacido la nación estadounidense, la mayoría de los americanos desarrolló un gran apetito por enriquecerse, un deseo insaciable de producir, consumir y hacer dinero. La identificación de la guerra con los ideales morales más altos, y la subordinación de todo a la lucha por la libertad de los esclavos y por el mantenimiento de la unidad nacional ofrecieron cómodas escapatorias a todos aquellos que no deseaban asumir mayores responsabilidades; y todavía más que en otros conflictos, la guerra civil debilitó la fibra moral y relajó los frenos que habían mantenido el equilibrio de la sociedad americana. Antes que inspirarse en los ideales por los cuales se habían batido, los sobrevivientes de Lincoln, aparecieron como ebrios ante las posibilidades materiales descubiertas y probadas durante el conflicto.

Conquistar la agricultura e incorporar millones de hectáreas todavía vírgenes, perforar montañas, desviar ríos, cavar canales y construir fábricas y vías férreas, y al mismo tiempo enriquecerse: éste fue el nuevo sueño americano. Deberían pasar varias decenas de años antes de que, con el surgimiento de nuevas corrientes de opinión, fuese claro que la pasión y el sentido del equilibrio, el idealismo atemperado por la práctica y la sensibilidad moral sin presuntuosos moralismos no habían desaparecido para siempre.

Pero los negros debieron esperar un siglo entero antes de encontrar un presidente que, como Lincoln, se diera cuenta de que la libertad sin un programa práctico de ayuda, adaptación y educación, era una salida falsa que no conduce a la igualdad y a la justicia.

Bibliografía

Jay Monaghan, autor de la "Lincoln Bibliography", estableció que hasta el año 1939 se habían publicado 3958 volúmenes sobre Lincoln. En los últimos 27 años aparecieron unos cuantos centenares más. Deben agregarse las decenas de miles de obras referentes a la guerra civil.

Aquí sólo se dan algunas indicaciones que puedan servir a quienes deseen profundizar el estudio de la personalidad de Lincoln y de su tiempo.

Entre las biografías, quizás la más conocida y leída en los últimos decenios es la del poeta Carl Sandburg, en varios volúmenes (publicada en esp. por Hachette, Bs. As., 1957). Pero se trata de libros en los que, en nombre de la inmediatez lírica, se termina proyectando un perfil sentimental y antihistórico de Lincoln y de su tiempo. El más interesante de los perfiles, el más vivo, nuevo, auténtico y complejo, es el que encontramos en las no muchas páginas que le ha dedicado Edmund Wilson en *Patriotic Gore - Studies in the literature of the american civil war*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1966. Ésta es una obra que, bajo la apariencia de una serie de ensayos basados en la re-lectura de los testimonios referentes a la guerra civil, ofrece, sin ninguna duda, el más fascinante estudio de esa época trágica. Para quien desee tener una biografía en un solo volumen, basada en todos los descubrimientos realizados en los últimos veinte años, la mejor es tal vez la de Benjamin Thomas, *Abraham Lincoln*, A. Knopf, Nueva York, 1952. También son interesantes, de diversa manera, *Herndon's Lincoln: The True Story of a Freat Life*, de Jesse W. Weik (1896, reimpresa en Nueva York en 1949); *Abraham Lincoln (1809-1858)*, de Albert Beveridge, Nueva York, 2 vols., 1928, y *Lincoln The President: Springfield to Gettysburg*, de James G. Randall (4 vols.), 1945: este autor es muy conocido por otras importantes obras históricas dedicadas a la guerra civil.

Para quien desee leer colecciones de escritos de Lincoln y de documentos u obras que en la práctica no son más que recopilaciones de documentos, se recomienda:

The Life and Writings of Abraham Lincoln (antología bajo los cuidados de Philip van Doren Stern), Nueva York, 1940; *Abraham Lincoln: His speeches and writings* (antología bajo los cuidados de R. Basler), Nueva York, 1946; *The Collected Works of Abraham Lincoln* (bajo los cuidados de R. L. Basler, M. D. Pratt y L. A. Dunlap), Nueva Brunswick, Nueva Jersey, 1953 y sigs., en 9 volúmenes; *A. Lincoln: A History* (bajo los cuidados de George Nicolay y John Hay), Nueva York, 1890, en 10 volúmenes.

Lincoln, A.: *Guerra civil y democracia. Discurso y mensajes* (1861-1865), Tres Américas, Buenos Aires, 1965. Lincoln, A.: *Una casa dividida. Escritos. Debates* (1837-1861), Tres Américas, Buenos Aires, 1965.

Para un estudio de la época en que Lincoln vivió y actuó: G. Dangerfield, *The Era of Good Feelings* (1812-1829) (N. York); C. S. Sydnor, *The Development of Southern Sectionalism* (1819-1848) (Baton Rouge, Louisiana, 1948); F. J. Turner, *The Frontier in American History* (publicada en esp., Madrid, 1961); Roy F. Nichols, *The Disruption of American Democracy* (N. York, 1948); *The Stakes of Power 1845-1877* (N. York, 1965); C. Vann Woodward, *The Burden of Southern History* (Baton Rouge, 1960); A. Nevins, *Ordeal of the Union* (N. York, 1947), 2 vols.; *The Emergence of Lincoln* (N. York, 1950), 2 vols.; *The War for the Union* (N. York, 1959-60), 2 vols.; Stamp, *La esclavitud*, F.C.E., México. Para la historia militar de la guerra civil: Víctor Austin, *La guerra de secesión* (1861-1865), Fabril Ed. Buenos Aires, 1965; Jacques Neré, *La guerra de secesión*, Eudeba, Buenos Aires, 1965; R. Luraghi, *Storia della Guerra Civile Americana* (Turin, 1966).

Sobre los partidos políticos de la época: H. Agar, *The Price of Union* (Boston, 1950); J. Mac Gregor Burns, *The Deadlock of Democracy, the four party Politics in America* (Englewood, N.J., 1963).

Sobre el pensamiento de Lincoln, aparte de la obra ya citada de Wilson: W. E. Barton, *The Soul for Lincoln* (N. York, 1920); E. Dewitt Jones, *Lincoln and the Preachers* (N. York, 1948); J. C. Randall, *Lincoln and the South* (Baton Rouge, 1946); W. B. Hesseltine, *Lincoln's Plan of Reconstruction*, Tuscaloosa (Alabama), 1960.

El fascículo Nº 9 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Gandhi

En un mundo dominado por la violencia, la razón de Estado, el fanatismo ideológico y confesional, y el racismo, Gandhi enseñó que la sinceridad, la lealtad, el amor y el respeto del hombre, son valores que están antes y por encima de cualquier otra cosa.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!